FRAY MOCHO



Guillermo.—¿Qué edad tienen esos niños?
Las amas.—De dos a cinco meses, Emperador.
Guillermo.—Pues inmediatamente al frente; hay que reforzar las trincheras con nuevas reservas...

Para matar el tiempo

LA VENTAJA DE LOS VIAJES

Cierto viajero insistía sobremanera en hacer resaltar la ventaja de los viajes para la educación de los individuos. El, por su parte, había viajado mucho:

—¿Ven este bastón?—decía.—Pues bien; ha dado la vuelta al mundo.

—Y todavía es un palo—agregó alguien.

UN POCO EXAGERADO

Dijeron a un conocido autor inglés que uno de sus amigos contraería enlace con una dama excesivamente gruesa como que había pasado y dejado muy atrás la raya de los cien kilos.

—¿Casarse con ella? — exclamó. — ¡Imposible! Querrá decir que se casará con una parte de ella. Tomar por esposa a toda ella, será no un caso de bigamia, sino de trigamia. Deberían intervenir el alcalde y el vecindario. Esa dama está en condiciones de proporcionar esposas a todo el barrio. Es monstruoso que un solo hombre se case con ella. Se puede pensar no en desposarla, sino en colonizarla, o en emplearla para dar paseos a su alrededor, siempre que se provea de bancos para descansar y los excursionistas gocen de buena salud. Una vez me sentí con tanta energía como para dar una vuelta alrededor de ella, pero a mitad de camino tuve que desistir de la empresa, completamente exhausto.

HAY LUGAR

Lord Halsbury, canciller de Inglaterra, visitaba un manicomio y a su llegada se anunció en su dignidad oficial a un empleado que halló a la entrada.

—Soy el lord canciller.

El hombre lo miró un segundo con cierta curiosidad y luego, alzando el brazo, le señaló el camino diciéndole:

—Por este lado: ya tenemos otros tres aquí.

OTRO VOLUMINOSO

El duque de Rochefoucauld y el duque de Orleans — considerado este último como el hombre más gordo de Francia — llegaron cierto día juntos a la corte. El rey manifestó su pesar al enterarse del mal estado de salud de Rochefoucauld.

—Efectivamente, estoy muy enfermo, sire.

—Es que usted no hace bastante ejercicio — observó el rey; — debería hacer una caminata todos los días.

—Perdón, sire, — replicó La Rochefoucauld — esta mañana he dado tres vueltas alrededor del primo de su majestad, el duque de Orleans.

GRAMATICA Y GALANTERIA

El maestro lee:

—"El caballo y la mula está en la pradera". ¿Dónde está el defecto de esta construcción?

—En que la mula debe ser nombrada primero porque es mujer—contesta un alumno.

EL OTRO NO INSISTIÓ

En un banquete oficial se encontraron dos dignatarios de religiones distintas, el cardenal Vaugham, católico, y el rabí Adler, judío. Estaban sentados juntos, y el primero dijo al rabí aludiendo a la prohibición religiosa que observan los israelitas de no probar carne de cerdo:

—¿Cuándo me permitirá, doctor Adler, que le sirva un poco de jamón?

—Cuando su eminencia se case—repuso el rabí.

CONOCIA EL PAÑO

Un sastre es acusado de un delito. El defensor le detalla la composición del jurado.

—Estoy perdido — dice el sastre. — Me van a condenar.

—¿Por qué? — interroga el defensor.

—Porque casi todos los miembros del tribunal son deudores míos.

EL MARMITON Y EL REY

Como se sabe, Luis XI vestía muy sencillamente y era imposible, si no se le conocía, adivinar por su indumentaria que era el rey.

Un día se presentó en la cocina de su castillo de Plessis-les-Tours y vió a un marmitón que mientras hacía girar el asador, canturreaba alegremente.

—¿Estás satisfecho de tu suerte? — le interrogó el monarca.

—Es cierto.

—¿Cómo te llamas?

—Enrique, para servir a usted.

—¿Y cuánto ganas?

—Tanto como el rey.

—¡Ah, ah! — dijo Luis XI riendo. — ¿Y cuánto gana el rey?

—Tanto como le es necesario, y yo también.

LA ESTATUA - FETICHE

En la época en que Sadi-Carnot era ministro, un erudito arqueólogo, de vuelta de uno de sus viajes de estudio, regaló a aquél un curioso idolillo de piedra maravillosamente esculpido.

Una tradición decía que la estatua tenía la virtud de dar el poder a uno de los miembros de la familia de su poseedor... pero que el que tal gracia alcanzaba moría violentamente.

Sadi-Carnot, que no creía en los poderes misteriosos, aceptó con placer el interesante regalo y no se preocupó de la leyenda. La misma noche del día en que inesperadamente el gran presidente francés fué elegido para gobernar su país, madame Sadi-Carnot escribió al arqueólogo: "Es la estatuita..." Siete años más tarde, el jefe de estado fué asesinado en Lión.

Cuando al esposa de Sadi-Carnot murió, dejó en su testamento una cláusula en que ordenaba que sus descendientes se deshicieran del idolillo. Así se hizo, pero un íntimo de Poincaré lo adquirió, y en ocasión de festejar éste una fecha grata, lo regaló al que hoy es presidente francés, entonces senador de Meuse.

Un año más tarde, Poincaré fué electo presidente de la república por el congreso de Versalles.

Curiosa coincidencia...





FRAY MOCHO

Año VII | Buenos Aires 27 de agosto de 1918 | Núm. 331

La suprema objeción

La hermosura, la suprema grandeza de esta guerra espantosa — la más formidablemente salvaje que el mundo haya presenciado jamás — es la certidumbre de que nadie encontrará en nuestra victoria el triunfo de un conquistador, de un pueblo — amo, cuya paz signifique un orden de nuevas amenazas para un porvenir más o menos próximo. Nada de un triunfador imponente... Nada, sino la victoria de los principios superiores de la civilización. Quien quiere, puede. A todos los pueblos les brindamos con la gloria, la mayor que jamás les haya ofrecido la historia. Quien quiera ser grande, que se yerga. Cuantos más sean, más aumentarán desde mañana las probabilidades de una humanidad superior, si todos se enorgullecen de sentir que una alta ambición de raza los destina a esta horrible y suprema contienda. Y también los pueblos neutrales, hartos ya de sus brazos cruzados, cuando, en el mayor conflicto mundial, sus más caros intereses, como no pueden ignorarlo, se hallan evidentemente en juego... ¡Todos! ¡Todos! Hagamos frente común contra el monstruo exterminador, que no ve en el hombre, sobre el hombre, más que una máquina automática de destrucción y aplastamiento.

G. CLEMENCEAU.

Hija de un héroe

Narración histórica

A corta distancia de la ciudad de Goya y a la orilla del río Santa Lucía, está situado el antiguo y pequeño pueblo del mismo nombre.

Ocupa este pueblo un risueño vallecito, circundado por pintorescas colinas en las que florecen miles de naranjos y limoneros.

Una pequeña iglesia, edificada en 1685, seis u ocho casas de azotea y un centenar de ranchos, es lo que constituye al pueblo de Santa Lucía.

Hoy, la mayor parte de sus habitantes se ocupan en trabajos agrícolas. Viven también en él algunos estancieros del departamento.

Antiguamente su principal industria consistía en la fabricación de objetos de barro cocido—tejas, baldosas, tinajas, jarros, platos y muchos otros artículos de real utilidad o de adorno—con los cuales hacía un importante comercio. Esta industria ha ido decayendo de día en día, hasta quedar reducida a la fabricación de algunos pequeños objetos de poco valor, en los que se conserva el gusto primitivo.

Lo único digno de mención en este pueblo son los hermosísimos panoramas que se extienden hasta allá, a lo lejos, y su vieja iglesia, sólida, pesada, pobre y fea, adornada con una torre cuadrada y chata; iglesia a la que ha dado celebridad un gran hombre.

En las primeras horas de una hermosa mañana de 1846, una mujer joven y bella atravesaba el jardín de su casa, que lindaba con el río; y se dirigía a la playa en la que diariamente se bañaba, donde con infantil abandono dejó que las mansas olas del Santa Lucía humedecieran sus pies. De pronto, un ruido de pasos sorprendió a la bella joven, que volviéndose con rapidez, vió a un desconocido que la contemplaba con admiración. Era joven, gallardo, arrogante; el fuego de sus ojos revelaba valor e inteligencia, y la sonrisa de sus labios generosidad y nobleza. Llevaba botas granaderas, pantalón ancho, camiseta de merino punzó, pañuelo de seda, blanco, en el cuello, y sombrero de paja de grandes alas.

Preguntóle la joven, con dulcísimo acento, qué quería y qué buscaba allí.

Inclinóse el desconocido con profundo respeto y refirió que al pasar en la noche anterior aquel río, su caballo se había ahogado, y que sin conocer aquellos parajes, había llegado hasta aquel punto después de una larguísima marcha a pie, durante la cual no había tomado ningún alimento; agregando que si quería serle útil le indicara dónde podría reponer sus fuerzas para continuar su viaje.

La joven le ordenó que la siguiera, diciéndole que ella le daría abundantes alimentos y que en una hamaca que le haría colocar entre los naranjos de su casa, dormiría debajo de una bóveda de azahares.

Obedeció el extranjero, manifestándose agradecido con apasionado acento, y antes de que el sol se hubiera ocultado, sabía la bella correntina que el desconocido venía del Salto Oriental, y que iba a la ciudad de Goya en busca de un rico comerciante. Noticióle ella que aquél en procura de quien iba, se encontraba en Buenos Aires, y que no estaría de regreso antes de un mes; y le ofreció su hospitalaria casa para que en ella esperara el transcurso de ese tiempo, a lo que cedió el extranjero.

Corrieron los días y llegó el momento en que debían separarse. Habían pasado juntos horas felices, horas de placer y de amor.

En el instante supremo de la partida él le juró que jamás la olvidaría, y que le haría conocer el apellido que debía llevar el hijo o la hija de sus amores.

Ella, con orgullosa ternura, imprimió un beso en la frente de su amado.

Transcurrieron algunos años, y la niña que había dado a luz la amada del extranjero, crecía al lado de su madre, que conservaba fiel y sin mancha la fe jurada; hasta que un día se presentó un mensajero y dijo a la madre que el gran hombre que lo enviaba reconocía por hija suya a aquella niña, y que quería que llevara su mismo apellido, el cual hallaría escrito por él en la puerta de la vieja iglesia. Corrió la madre al templo, y vió en su puerta un nombre que le era conocido, porque ya la fama lo había llevado hasta aquel oscuro rincón. Y ese nombre es el que lleva la hija de la bella correntina, y el mismo que se conserva en la puerta de la iglesia de Santa Lucía, grabado por la mano del inmortal José Garibaldi.

Manuel C. CHUECO.

PITADA DE AUXILIO



RODOLFO MORENO. — ¡Pero no ve usted que con esa manguera no se va a ninguna parte? ¿No comprende usted que el incendio va en aumento porque el agua sale a chorritos y con eso lo que hace es avivar el fuego?
EL BOMBERO. — La manguera es invento mío y yo hago lo que quiero.

El duelo

—Cuéntame los detalles de ese duelo en que te he visto figurar como padrino, y que, según versiones, ha sido tan dramático.

—Sí, efectivamente, ha sido muy conmovedor.

—Tú conoces, pues, a los actores, Eduardo, ese joven rubio de bigote fino, y Germán, aquel muy amigo suyo, hombre serio, ya canoso. Eran inseparables, a pesar de la diferencia de edad. Es que Eduardo era muy inteligente, y eso suplía su falta de experiencia, anticipaba al hombre. Germán, por otra parte, es un espíritu joven, a pesar de su edad madura. Pero, naturalmente, veían las cosas de distinto modo.

El mundo es un panorama que cada uno juzga según el punto de mira en que está colocado. Esta posición la determina la edad. A los cincuenta años los hombres y las cosas se presentan sin prestigio. Sin embargo, eran íntimos, como habrás podido observarlo, se querían con el cariño de padre e hijo. Con decirte que Germán le llamaba a Eduardo "el bebé", y éste le retribuía ese nombre afectuoso diciéndole "tatita".

Siempre andaban juntos.

Eduardo tenía el defecto de ser sumamente violento, como que se derramaba la vida de su naturaleza vigorosa. Con su vitalidad enorme y su imaginación ardiente, todo lo apasionaba.

Era un rabioso intransigente en política.

Estaban discutiendo la otra noche en el club, sobre la pureza de los partidos, no los dos solamente, sino entre muchos. Tal vez el que menos tomaba parte era Germán. Eduardo sí, se hallaba bastante excitado; y Germán como queriendo desechar el asunto o dar a entender que no merecía discutirse, para evitar a Eduardo un altercado con los otros, que ya parecía inminente, exclamó con desprecio: aquí la política es una ignominia.

Una bofetada como un chasquido azotó el rostro de Germán, asestada por Eduardo.

Todos se precipitaron sobre ellos para evitar un pugilato.

Germán no hizo mención de agredirlo. Una ola de sangre coloreó su faz, tenía los ojos vidriosos como si se esforzara por no llorar.

Después me ha confesado que esa expresión no era de coraje, que no sintió ni odio ni vergüenza, sino profunda pena.

Es claro, el duelo se hizo inevitable; había habido una injuria real.

Concertóse a espada, arma elegida deliberadamente por Germán con la intención de apenas herir a Eduardo en la mano o en el brazo.

Pero la fatalidad es mal intencionada.

No sabemos cómo — porque Germán no ha tenido la intención de hacerle un golpe de arresto — el bebé se ensartó hasta el corazón.

¡Pobre muchacho!

Tendido su cadáver sobre el terreno, lo rodeábamos todos con el ánimo entristecido, cuando... esto fué lo más doloroso... la madre... la madre de Eduardo — que al saber que se batía había corrido a interponerse — desciende de un carruaje buscándolo llena de agitación, y lo encuentra muerto.

Lanzó un grito penetrante de dolor, que todavía resuena en mis oídos, y con los brazos abiertos, presa de una desesperación indescriptible, se dejó caer sobre el cadáver ensangrentado de su hijo, cubriéndolo de besos y de lágrimas.

Le hablaba, lo llamaba, lo incorporaba; quería despertarlo del sueño de la muerte, y cuando se convenció de que lo había perdido para siempre, abandonóse sobre el cuerpo frío y rígido a llorar amargamente.

Nosotros no nos atrevíamos a interrumpir eso desahogo de su dolor, y estábamos allí mudos, contemplando la triste escena con una especie de recogimiento religioso.

Germán lloraba en silencio, un tanto apartado.

De repente la venerable anciana irguió la cabeza, manchadas de sangre sus canas, irritado el rostro, bañado de lágrimas, y dirigiéndose a Germán con doloroso acento lo interrogó: ¿por qué ha muerto usted a mi hijo, que era bueno como un niño?

—Señora, — respondió Germán arrodillándose humildemente: — yo lo amaba como si fuese un hijo mío, pero el duelo era necesario para no ser yo indigno de su propio cariño. Así es la sanción social. La sociedad es quien lo mata. Sin esta enorme desgracia yo sería un hombre despreciable.

Prorrumpió nuevamente en llanto sobre el cadáver de su hijo la desolada madre, hasta que gradualmente fueron extinguiéndose sus sollozos.

Cuando comprendimos que se había tranquilizado un tanto, nos inclinamos solícitos a levantarla. La desprendimos suavemente del cadáver y... ¡oh, dolor! todos nos miramos consternados.

¡Estaba muerta!

Barón de Arriba.



El hombre que resucitó hace cuatro años.
Nota: Está en agonía.

El misterio de la radiotelegrafía indígena

La rapidez extraordinaria y la precisión con que las noticias recorren increíbles distancias en el continente africano son cosas sabidas pero que hasta ahora nadie ha explicado. El "South African", del 30 de marzo de 1918, dice que la noticia de la derrota de las tropas británicas en Isandhlwana se difundió entre los indígenas de Maritzbourg tiempo antes de que el gobierno supiese que la batalla había tenido lugar.

Cuando la columna del coronel Plunkett cayó en una emboscada en Goumbourrou, en lo más remoto del Somaliland, el mismo día del trágico suceso, en Kasama, en el noreste de Rodesia, la tribu de los "avemba" realizó sus tradicionales ceremonias de duelo por sus miembros áscaris que habían perecido en la expedición mandada por Plunkett. Seis semanas después llegaron a Kasama los mensajeros mandados por una compañía inglesa para comunicar la triste noticia.

Durante las campañas del Este africano se produjeron numerosos casos de esta maravillosa trasmisión de noticias. Los detalles de las operaciones de una columna llegaban a las aldeas indígenas casi instantáneamente. Los indígenas de Wassangú, por ejemplo, que habitan en la parte meridional de la antigua y última colonia alemana, hablaban de la marcha del general Deventer hacia la línea férrea del Central Railway una semana por lo menos antes que los blancos de la misma región tuvieran conocimiento de esas operaciones.

Hasta ahora no se ha logrado descubrir en qué consisten esos medios rápidos de información.

Un hombre feliz

Alfredo Franklin, que fué administrador de la Biblioteca Mazarina, de París, y autor de muchas obras estimadas, vivió, a lo que parece, una existencia tranquila y feliz. En 1915 hizo hacer por el doctor J. de Gaube su examen físico e intelectual, que imprimió en el dorso en blanco de las boletas usadas en la Biblioteca para pedir los libros. En una de ellas dice así: "Un cliente del doctor J. de Gaube, nacido en 1830. Examen físico: Salud que ha sido siempre excelente; carácter, muy alegre. Casi nunca ha tomado medicamentos y ninguno desde hace veinticinco años, ni siquiera un purgante. Puede suprimir una comida sin ningún inconveniente y sin que aumente el apetito en la comida siguiente. Hasta la edad de 75 años ha vivido casi exclusivamente de carne y azúcar; nada de legumbres. Nunca dejó de fumar mucho, sobre todo la pipa, desde hace 65 años. Cuatro pasiones: las mujeres, los perros, el tabaco y el azúcar. Camina, sin cansancio, durante más de tres horas. No usa anteojos. Sueño, siempre profundo y muy regular, de 8 a 9 horas. Voz para cantar todavía muy pura. No tiene el menor temblor en las manos. Alza todavía un peso de 20 kilos con un dedo. Examen intelectual: No cree en Dios ni en el diablo. Se declara muy feliz y siempre lo ha sido. En toda estación se pone a trabajar por la mañana desde las 5 o las 6 hasta las 10. Excepto cuando tiene que hacer investigaciones en las bibliotecas, no se dedica a ningún otro trabajo intelectual en el resto del día, que consagra a ocupaciones manuales, a veces pesadas. Ha sido nueve veces laureado por el Instituto, la Academia de Medicina, etc. En este año dos obras suyas han sido coronadas por la Academia de Ciencias Morales y Políticas. Julio de 1915".

El mismo señor Franklin había hecho imprimir tarjetas que participaran su fallecimiento y que, cuando éste ocurriera, debían ser distribuídas por su familia. Esas tarjetas decían: "Señor... La familia del señor Alfredo Franklin, administrador honorario de la Biblioteca Mazarina, Caballero de la Legión de Honor, Oficial de la Instrucción Pública, Laureado de la Academia Francesa, Academia de Inscripciones, Academia de Ciencias Morales y Políticas, de la Facultad de Medicina y de la Sociedad Protectora de Animales, tiene el pesar de comunicarle que el... de este mes ha terminado, a la edad de 85 años, en su casa de Viroflay, una vida consagrada por entero al cultivo de las letras y que fué siempre perfectamente feliz."

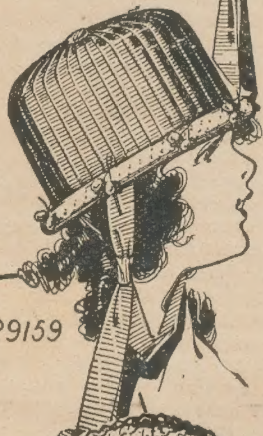








Nuestro Departamento MODAS de NIÑA, ha recibido un espléndido surtido de modelos primaverales. Los sombreros que en esta página publicamos, forman parte de esa colección y demuestran su incomparable "chic".





29157 — **Coquet chapeau** de paillason seda, copa de cinta fayetina, passant y adorno de la misma. Para señoritas de 15 a 18 años $ **15.50**

29163—**Petit chapeau relevé**, todo en taffetas mousseline, artístico adorno bordado en seda, bridas de faya, colores de moda. Para niñas de 5 a 12 años. . . . . $ **10.50**

29159—**Elegante bonete**, todo de cinta "gros grain", borde ribeteado en paja de seda, grupitos de finas frutas y bridas de la misma cinta, artículo muy chic. Para niñas de 6 a 15 años. . . . . $ **11.90**

29158—**Caprichoso sombrerito**, todo de cinta "gros grain", alita paja de seda y gracioso adorno de la misma cinta, colores combinados. Para niñas de 3 a 7 años. . . . . $ **9.90**

29160—**Petit bretón** en paja de seda, alita de cinta faya, adornado con un lindo moño de la misma, colores lisos y variados. Para señoritas de 12 a 18 años. . . . . . $ **12.—**

29162—**Preciosa capotita** de seda con lama de paja mouflonnée, adorno hecho con flores de cinta y bridas de la misma, colores surtidos. Para niñas de 3 a 9 años. . $ **13.50**









The South American Stores
Gath & Chaves Ltd.

DEPARTAMENTO MODAS NIÑA

Casa Central:
Florida y Cangallo.

29153 — **Novedoso** sombrero de paja paillason de seda, estilo de gran chic, adornado con fina flor y bridas de cinta, en todos los colores de moda. Para niñas de 12 a 16 años. . $ **16.50**

29164—**Gracioso bequin**, en paja de seda muy souple, borde de seda plissé, guía de flores menudas y lazos de cinta liberty, colores claros. Para niñas de 2 a 5 años. . . . . . $ **7.90**

29152—**Chapeau turbant**, dernier cri, en rico satín, adornado con un passant de cinta de faya, en colores negro, corbeau y tête de négre. Para señoritas de 14 a 18 años. . . . . . . $ **14.50**

29161—**Bonita cloche** de paja tagal, con la copa souple de seda, passant y moño de cinta, distintos tonos. Para niñas de 7 a 14 años. . . . . . . $ **5.90**

La berceuse de Chopin

Se habían casado algunos meses antes y habían ido a encerrar su cariño en la sonriente casita suburbana. Era bello el lugar. Coquetona y sencilla, rodeaba al nidito la alegría policroma del jardín que ellos mismos cultivaban. Y arriba, en los aposentos, disfrutaban de una tranquila placidez que parecía escapar de todas las cosas y que acaso no era sino la traducción exterior de su propio estado espiritual. En la salita desentonaba con la sencillez del moblaje el lujo de un piano de cola, que ocupaba casi la mitad del cuarto. Era el regalo de boda de los padres de Cecilia. Regalo muy apreciado por ella y por Luciano, que los dos amaban entrañablemente a la música.

Todas las noches él, rodeando con abrazo cariñoso el talle de su esposa, la llevaba al piano; luego acercaba a ella uno de los mullidos silones de la sala y arrellanándose bien, cerraba los ojos para mejor seguir, con la mente en muda embriaguez, el giro de los ritmos y cadencias que las expertas manos de Cecilia arrancaban al instrumento.

Era ella una eximia pianista, pero, más que la técnica de sus dedos vigorosos habituados a los secretos del virtuosismo, era su manera original de interpretar las distintas partituras lo que mayor encanto les daban. Matizaba con arte indecible. Se penetraba del carácter de todo lo que tocaba y sabía sentir hondamente. Las ideas que enriquecen la música de los clásicos vibraban bajo sus dedos, que semejaban raras mariposas volando sobre el teclado. Ponía en cada frase una bella emoción. Sufría con Beethoven, oraba con Bach, sollozaba con Schubert... Y así, en cuanto trozo ejecutaba, el alma del autor parecía surgir al conjuro de sus manos mágicas. No olvidaba a ninguno de los grandes maestros. A todos los amaba; pero, dos la atraían por encima de todos. Eran Chopin y Schumann.

Gustaba de Schumann por la suavidad de sus expresiones, por su manera dulce de relatar la vida. Pero, era mayor aún su entusiasmo por Chopin, el tísico divino que—poeta excelso de los sonidos—supo traducir como nadie los sentires del corazón y cuya música es toda gracia, delicadeza, ternura y melancolía.

La noche aquella Luciano, hundido en su sillón como de costumbre, había visto desfilar por su mente toda la espiritual, exquisita, poética mascarada que vive en el "Carnaval", esa obra magnífica del romántico alemán, y había vibrado con la sublime "Aveu", donde la expresión del sentimiento empieza siendo arrullo, sigue con pasión que es ya todo un incendio y muere suavemente con la dulce languidez de un beso.

Al terminar, Cecilia se volvió sonriente hacia Luciano y preguntó:

—¿Qué quieres ahora?

Meditó él un segundo. Luego dijo:

—Puesto que te empeñas en hacerme el gusto... veamos algo de Scarlatti.

Cecilia consintió. Giró otra vez el taburete y el piano rió la alegría de una Giga bulliciosa. Pero al concluir ésta, ya no preguntó ella nada. Quedóse un rato silenciosa; quieta. Luego, como obedeciendo a una voz interior, empezó la Berceuse de Chopin.

De todas las obras del célebre polaco, quizás la más dulce y delicada es precisamente esa suave canción de cuna. Luciano la había oído muchas veces. Pero, ¿qué tenía Cecilia esta noche que ponía algo de raro, de inusitado, en la Berceuse? ¿Por qué la belleza de la página ¡ya tan bella! se intensificaba ahora con no sé qué emoción honda y sentida?

Luciano se enderezó sin ruido en el sillón y se puso a contemplar curiosamente a la querida pianista. Ella no lo vió; tampoco lo sintió. Estaba dedicada por completo a su piano. Cantaban las notas bajo sus dedos ágiles una ternura nueva. Y ella sólo vivía en ese minuto para la Berceuse.

Al oirla, Luciano comprendió que el alma de Cecilia ya no era toda suya; que surgía en ella, con todos los matices misteriosos de una suprema aurora sentimental, un nuevo cariño. Y sintió que su corazón perdía el compás, se desataba y latía desordenadamente al impulso de una idea que hacía luz en su mente.

Mientras tanto el piano seguía cantando toda la magnificencia del poema de las madres y daba vida a una escena digna de un pincel sobrehumano. Se adivinaba la blanca habitación en penumbras, la cunita hecha nido de encajes, la pequeña y tibia flor de carne, la madrecita entonando su arrorró...

A Luciano la emoción iba poniéndole en los ojos un tenue velo de lágrimas. Por fin, cuando Cecilia terminó, sin poder contenerse ya, tomó entre sus manos la carita de ella, que también tenía húmedos los ojos, y en voz muy baja, muy suave y muy dulce, preguntó:

—Entonces, Cecilia, ¿es verdad?

Ella no habló, pero una lágrima que temblaba en el borde de sus párpados contestó por ella.

El, entonces, inclinóse y, envolviéndola en un apretado abrazo, besó su frente con un beso que ella no conocía, en el cual el respeto se unía a una doble ternura. Y así quedaron largo rato, abrazados, bien cerca uno del otro, más unidos que nunca sus espíritus.

———

Había llegado el gran momento. Por fin tendría su ocupante la cunita llena de cintas y encajes que Cecilia había preparado con tanto cariño. Por fin vendría "el anhelado" a ocupar su puesto en la casita sonriente donde todo, hasta el mismo jardín en flor, parecía esperarlo.

Luciano, que aguardaba en el comedor a que lo llamaran, no sabía ahora lo que le pasaba. Para engañar sus nervios excitados recorría de un extremo a otro la pieza. Estaba impaciente, con impaciencia enorme. De pronto, sus pasos se detuvieron al oir un vagido de recién nacido que estallaba en explosión de vida.

Un poco más tarde, ya en la habitación de Cecilia, toda su nerviosidad contenida se desbordó cuando, después de haber besado al chiquito, se acercó, ebrio de felicidad, a abrazar la madre. Y lloró, lloró como una criatura, toda la dicha que lo llenaba, mientras Cecilia lo miraba sonriendo con ojos en los que una lágrima no alcanzaba a velar su orgullo de mujer fuerte y fecunda.

Era el pequeñuelo tan feo como todos los recién nacidos del mundo, pero, ¡qué lindo les parecía a ellos! ¡Cómo les resultaban de deliciosos sus ojitos sin luz todavía, su cabecita pelona, sus manecitas llenas de hoyuelos, gordas, redonditas!

No se cansaban de mirarlo y remirarlo.

—Será nuestra alegría, el verdadero objeto de nuestra vida—dijo Luciano.

—Demos gracias a Dios, Luciano. Recemos—murmuró ella.

Entonces él, por complacerla, se hincó junto a la cama y juntos oraron largo rato.

Cuando Cecilia pudo levantarse le pareció encontrar que todo estaba mejor que antes. ¿Era que el sol brillaba más? ¿Era que había en el cielo más azul? ¿Era que su casita se había hermoseado en esos días? ¿Era que el pequeño jardín tenía ahora flores más bellas?

Todo lo encontraba inundado de luz, de una luz extraña, rara...

Sólo después de pensar un rato, comprendió que la luz estaba en ella y que el causante de todo era ese montoncito de carne sonrosada y tibia, que tenía un albo trono de encajes en la cunita blanca y un altar de ternura en su corazón.

Creció el pequeño al calor de los mimos, caricias y cuidados de la madre afanosa en ocuparse siempre de él. Luciano le decía a veces, riendo:

—¿Sabes, mi Ceci, que empiezo a tener celos del chiquito? Ahora no piensas más que en él...

Sonreía Cecilia y respondía invariablemente:

—Es que en él te quiero a ti...

Y así los días se deslizaban serenamente, llenos de una sana alegría que el amor al bebé santificaba.

Este, con el correr del tiempo, se había embellecido. No tenía ya su carita aquel aspecto coloradote y feo de los primeros días. Ahora las mejillas, blancas y aterciopeladas, tenían en los hoyuelos que las agraciaban no sé qué delicioso encanto. Ya reían los ojos llenos de luz. Y daba gusto de veras ver cómo alargaba sus bracitos rosados y gorditos a Cecilia o Luciano.

Fué precisamente un día en que estaba más lindo que nunca, apenas cumplidos los ocho meses, cuando llegó aquella maldita difteria que se lo llevó. Arrodillados junto al cuerpo pequeñito del que el alma acaba de volar, quedaron ellos como atontados por el golpe terrible.

Luciano, no queriendo hacer mayor aún la pena de Cecilia, escondía en su interior todo el dolor que lo roía. Ella estaba inconsolable. Lloraba largamente y luego, como si de pronto se le secaran los ojos, tenía un minuto de completa quietud, sin lágrimas, sin sollozos.

En uno de esos momentos de calma que precedían al sollozar desesperado, quiso él consolarla. Entonces, sabiéndola católica, musitó suavemente como para inculcarle el valor de resignarse:

—Era una flor de Dios y Dios se la llevó...

—¡Dios! ¡¡Dios!!—repitió ella amargamente, sintiendo la protesta de sus entrañas, mientras crispaba las manos con desesperación suprema.

Y aquel día Cecilia dudó de Dios.

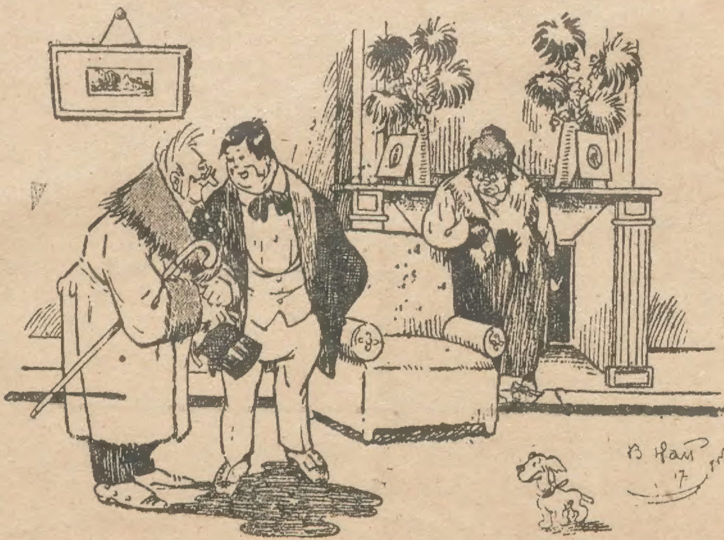
———

Quiso Luciano alejar a Cecilia de la casita, tan triste ahora, donde no había un rincón que no recordara al muerto querido.

El, que también llevaba a cuestas su pesado fardo de dolor, comprendía mejor que nadie la pena enorme de la madre. Trató de distraerla, de hacerla olvidar, y comprendiendo que eso no era posible allí donde en todas partes había algo que evocara su recuerdo, decidió viajar.

Cecilia no protestó. Conocía tanto a su marido, que adivinaba toda la tristeza que se escondía detrás de su palidez cadavérica y de su silencio sin quejas ni lamentos. Quiso no amargarlo más de lo que estaba. Se empeñó en no llorar. Así se estableció entre los dos, sin confesárselo, un afán muy grande de mutua consolación. Y, queriendo evitar cada uno al otro el reflejo de su propio dolor, trataron de engañarse recíprocamente ocultándolo. A veces Luciano creyó notar huellas de lágrimas en las ojeras violetas de Cecilia, pero estaba ella tan pronta a la sonrisa, disimulaba tan bien, que él se engañó. La supuso curada ya y decidió volver a la casita propia; la casita que le era tan querida, donde si todo evocaba, es cierto, su desgracia, estaba también el recuerdo de la mejor parte de su vida; el recuerdo de los días inolvidables de dicha tranquila, apacible, que el amor y la bondad de ella le habían brindado.

Llegaron de regreso en una luminosa mañana de primavera. También entonces se hubiera dicho que el jardín se había vestido de flores para



—¿Cómo? ¿Tu suegra vive con ustedes?
—Sí; me es muy útil: me quita el apetito.

esperarlos. Pero, aunque no se lo dijeron, todo tenía ahora para ellos, hasta los mismos rosales en flor, un doloroso tinte funerario.

Ya lo dijo el poeta: cuando están en el alma, hay dondequiera desolación, tristeza y desventura...

Sintiendo el corazón oprimido, callaban los dos temiendo que la voz traicionara su emoción.

Sospechaba Luciano que ella no tendría valor para resistir la vista de la cunita, pero se equivocó. Cecilia, al entrar en su dormitorio, miró todo rápidamente, detuvo sus ojos un segundo en la cuna y, parpadeando mucho, pero sin lágrimas, se volvió a él, y forzando una sonrisa dijo, queriendo parecer alegre:

—Todo está como antes, ¿verdad?

Asintió él sin palabras con una inclinación de cabeza, y quedaron luego largo rato en silencio. No hubo más. Y Luciano se felicitó de no haberse equivocado, sintiendo, sin embargo, a pesar suyo, que algo en su interior protestaba de ese olvido tan rápido.

Fué aquel un día de agitación para Cecilia. Mientras la sirvienta se ocupaba del arreglo de patios, cocina, etc., ella se dedicó por entero a poner orden en sus habitaciones, quitar el polvo que tres meses de soledad habían amontonado sobre los muebles, arreglar algunas flores en los jarrones tanto tiempo vacíos.

Por la tarde, Luciano, viéndola tranquila, resolvió salir un rato. Tenía sed de estar solo, de respirar a pleno pulmón un aire que no fuera el de esa casa donde él había creído poder volver impunemente. Era casi una necesidad física de la que no podía librarse.

Cuando Cecilia tuvo la certeza de que había quedado sola, se fué a su habitación. Ahora que ya no tenía necesidad de fingir, dejaba que sus lágrimas corrieran con entera libertad... Estuvo mucho rato sollozando angustiosamente junto a la cunita vacía, junto al blanco roperito donde estaba guardada la ropa del pequeño, junto al cajón de sus juguetes. Poco a poco fué calmándose su llanto. Pero, a medida que iba envolviéndola una rara serenidad exterior, sentía que la congoja tanto tiempo ocultada, parecía írsele agrandando en el pecho; e impelida por la necesidad material de un desahogo que todas las lágrimas del mundo no podían darle, se dirigió, inconscientemente, al piano.

Las prácticas sociales tienen entre sus muchos absurdos uno que prohibe la música durante la primera época de luto riguroso. A nadie se le ocurriría negar a una huérfana, a una madre o a un hermano apenados, en los primeros tiempos de su duelo, el consuelo de leer un drama de Shakespeare, un verso de Verlaine, una página de Goethe, una parábola de Rodó o una estrofa de Almafuerte. Tampoco se les negaría buscar en la contemplación de un bello cuadro o de una estatua de líneas armoniosas una emoción consoladora.

Con la música no ocurre lo mismo. Esta queda absolutamente, absurdamente, estúpidamente prohibida.

Pero Cecilia no tenía el espíritu en condiciones de pensar en nada de esto. Movida por una invencible fuerza interior, fué maquinalmente a buscar en Chopin el bálsamo que su espíritu clamaba imperioso.

Y otra vez vibró en el piano la Berceuse.

Solamente en aquella página sublime, tan unida al recuerdo de su pequeñuelo querido, podía volcar la pobre madre la tristeza que la llenaba, que se le metía en las venas, que corría en su sangre, que le atenaceaba el alma.

Todo su amor maternal hecho pena se desbordó entonces en la dulce armonía de la partitura, que gemía dolorosa con un dejo infinito de amargura muy honda y muy sentida. Era que Cecilia lloraba ahora en las notas su sueño deshecho para siempre, su felicidad quebrada brutalmente por lo irreparable.

Tan abstraída estaba en su propio pesar que no oyó los pasos de Luciano que, de regreso ya, entró en la sala atraído por el rumor del piano.

Seguía Chopin sollozando bajo sus dedos.

Y entonces Luciano comprendió que ella había hecho exactamente como él; que había ido amontonando en su interior todo su dolor y que, como él también, ya no podía contenerlo más.

Inmóvil, sintiendo que su corazón galopaba furiosamente quedóse allí, de pie detrás de Cecilia, reviviendo con la mente aquella otra noche lejana en que la música había tenido para él una dulce revelación.



La única forma en que puede terminar la guerra.

También ahora la Berceuse tenía algo de raro, de inusitado. También ahora surgía ante su mente una escena digna de algún pincel sobrehumano. Era siempre el poema grandioso de las madres; seguía adivinándose la habitación en penumbras, la cunita hecha de encajes, la madrecita a su lado... Sólo que ahora la cuna estaba vacía; sólo que ahora toda la inenarrable felicidad de la noche lejana era dolor enorme, inenarrable también...

Aquello era demasiado. Luciano ya no podía soportarlo. Y entonces, toda su angustia, tanto tiempo escondida, se condensó en un sollozo horrible, que más que humano pareció el rugido de una bestia herida.

Cecilia se estremeció. Y detuvieron las manos su rítmico volar sobre el teclado.

También ella comprendía.

Con la garganta anudada, sin palabras, se levantó del piano y fué hacia Luciano. Pasó uno de sus brazos detrás de la cabeza varonil, inclinada ahora por hondo abatimiento, y arrastró a su marido hasta el sofá cercano. Sin hablarse, se unieron los dos en apretado abrazo. Y otra vez quedaron así largo rato, abrazados, bien cerca uno del otro, más unidos que nunca sus espíritus.

Unidos ahora para siempre, por el dolor infinito de la cuna vacía...

Cleopatra CORDIVIOLA.

DE LA VIDA INTENSA



El caballero prusiano cultiva su huerto.

Sonetos

I

Yo te soñé tan buena como hermosa
sin pensar que los sueños son quimera,
y al saber la verdad sentíme fiera
sobre tu tibia carne voluptuosa.

¿Por qué con la hermosura no se hermana
la bondad que es su hermana en hermosura?
¡La mujer — si es más bella — es más impura!
¡Si más fea, más noble y más humana!

Yo te amé por hermosa, convencido
que eras buena y gentil, y he bendecido
la hora en que te vi tan seductora,

y hoy que ya no me alienta la esperanza
— pues con dolor he visto tu mudanza —
maldigo sin cesar aquella hora!

II

No me hables altanera. Si cobarde
no intento defenderme de tu enojo,
deduce si el callar no es un arrojo...
¡Para ser hombre al fin jamás es tarde!...

No callo por temor a exasperarte,
que es un temor pueril a que no cedo;
callo tan sólo porque tengo miedo
no saber respetarte!

Ante nadie jamás bajé la frente,
y es que sin ser ni altivo ni valiente
supe arrostrar la burla cara a cara...

Expuesta la razón, ten por concreto
que mi actitud pasiva es de respeto...
¡Pobre de ti si no te respetara!

José M. BRAÑA.

Diálogo trágico

Para "Fray Mocho"

El. — Bajo tu hado de luz resplandeciente,
junto al abismo que cavara el hado,
yo a un lado, tú a otro lado,
marchamos ambos instintivamente.

Sólo soñarte para mí es consuelo...
como Jacob cansado y peregrino,
me recuesto a la vera del camino,
cierro los ojos y contemplo el cielo.

Porque al mirarte la razón me advierte
que es un delito, una traición amarte,
es hondo mi dolor al contemplarte
como intensa la pena de no verte.

Ella. — Soy la florcilla que el calor agosta
del astro a cuya aparición se anima...
no salvaré el abismo... ¡es una sima
que no tiene final y no se angosta.

Temo suba a la cara
la luz que el corazón guarda secreta...
es tan grande el amor que nos sujeta
como el mundo moral que nos separa.

Estoy lejos de ti, pero contigo
mi acongojado espíritu divaga,
¡Dulce veneno que sutil embriaga,
Es mi amor, mi pecado y mi castigo!

Horacio H. SIVORI.

REPRESALIAS

El gran escritor belga Mauricio Maeterlinck ha escrito últimamente una "alocución" en la que pide que los Aliados adopten represalias por el tratamiento horrible que reciben los prisioneros aliados recluídos en Alemania. Ese valiente escrito comienza narrando numerosos casos de abusos de toda índole cometidos por los alemanes y en la segunda parte, que es la que reproducimos, aboga elocuentemente por la adopción de medidas que considera el único medio de reprimir la crueldad prusiana.

Hemos hecho todo lo posible para mejorar la triste suerte de nuestros prisioneros: ruegos, amenazas, intervenciones de los neutrales. Nada hemos obtenido y sabemos con certidumbre que no obtendremos nada por esas vías demasiado humanas. Después de cuatro años de guerra hemos aprendido a conocer a nuestros enemigos; lo contrario sería para desesperar de nuestra inteligencia; estamos seguros hoy de que nuestros adversarios no tienen más que un culto, el de la fuerza brutal, un temor, el de los golpes y un punto sensible: el estómago o el vientre, que son para ellos los únicos órganos que tienen importancia. Perdemos el tiempo tocándolos en otra parte. Importa, pues, resolver de una vez por todas y a fondo esta cuestión, repugnante al primer aspecto y siempre dolorosa, de las represalias. Y ante todo, me apresuro a decirlo, en mi intención como en la vuestra, estoy seguro, no se trata de represalias íntegras. Suceda lo que suceda y cualesquiera que sean los males que abruman a nuestros hermanos, jamás nos convertiremos en verdugos. No estableceremos el potro, la celda de hambre, los azotes, la cámara de calor y la sepultura en las minas. Pueden nuestros adversarios estar seguros de ello y burlarse una vez más comprobando nuestra inalterable, pero gloriosa, ingenuidad. Hay cosas que jamás podremos realizar. Pero que sepan al mismo tiempo que esa ingenuidad, que explotan sin vergüenza, tiene sus límites. Debe cesar en el punto preciso en que está en juego la vida de centenares de millares de nuestros hermanos; y puesto que proclaman a la faz del mundo entero que alimentan suficientemente a sus prisioneros de guerra, aceptémosle sus palabras y alimentemos exactamente, gramo por gramo, a sus soldados y oficiales prisioneros, como ellos alimentan a los nuestros. Lo que es bastante bueno para un francés no debe ser muy malo para un alemán. Empecemos con sus "nobles"; pongámoslos estrictamente en el régimen alimenticio de los "Rutabagas", del cocimiento de maíz y de los ciento veinte o trescientos gramos de pan dos veces K. Prohibámosles las aves, los vinos selectos, los pianos de que abusan y las insolentes comodidades de que gozan como privilegiados; pero dejémosles, puesto que estiman que estos objetos representan todo el bienestar y el lujo que deben contentar a un oficial francés, sus cepillos de dientes y sus pastas dentífricas.

Me parece oir el inmenso grito de reprobación y de furor que parte de Alemania porque al fin osamos tratar a sus prisioneros como no han cesado ellos de tratar a los nuestros desde el principio de la guerra. Los primeros días serán muy duros; los alemanes acrecentarán los malos tratamientos y nosotros, por nuestra parte, acrecentaremos las represalias. Dejemos pasar la tormenta; será un mal momento que nuestros hijos prisioneros soportarán con valor, como han soportado ya tantos males. Saben mejor que nosotros que la prueba será breve si permanecemos inquebrantables. Pues nada es más conocido, más elemental, más mecánico, por decirlo así, que la psicología de animal de presa bajo la mirada y el látigo de un amo que no se intimida.

Y que no se nos venga, una vez más, a impedir o enervar esas indispensables y demasiado justas represalias en nombre de una generosidad y de sentimientos caballerescos que, entre hombres dignos de ese nombre, son siempre nuestra gloria, pero que, aquí, frente a un enemigo, que no tiene ya nada de humano, no son sino nuestra desgracia. Es un derecho y un deber ser generoso y caballeresco y sacrificar todo a esos sentimientos cuando no se trata más que de uno mismo; pero ese derecho desaparece y ese deber se convierte en demasiado fácil y cambia completamente de cara y de nombre cuando se trata de prevalerse de él en detrimento de otros. Entonces ya no son sino indiferencia, ceguera voluntaria, estupidez. No olvidemos que cada uno de esos sentimientos "soi-disant" caballerescos que cultivamos tranquilamente, lejos del campo de batalla, lejos de los campamentos donde se sufre hambre, y con los pies puestos en la verjilla de la chimenea, cuesta la vida a millares de hermanos que nos han ofrecido el sacrificio mayor que un hombre puede hacer, el de su salud, de su juventud y de su libertad. Antes de ser caballerescos para con nuestros enemigos, seamos justos y humanos para con nuestros hermanos desgraciados.

El pan que prodigamos a los que no nos han hecho más que mal, es pan que quitamos a aquellos que no nos han hecho sino bien. Y, sobre todo, no perdamos de vista el porvenir que nos preparan esos sentimientos que demasiado fácilmente creemos admirables, porque es demasiado fácil practicarlos desde aquí. No perdamos de vista ese porvenir: después de la guerra volverán nuestros prisioneros, reducidos en casi una tercera parte en cuanto al número, y que en las tres cuartas partes serán sólo harapos heroicos de humanidad que acabarán de morir entre nosotros y de desarrollar todos los gérmenes de los grandes males incurables que la miseria, el hambre y los malos tratamientos siembran en el cuerpo del hombre; mientras que nosotros devolveremos a Alemania hombres magníficos, frescos, descansados, hartos, que habrán adquirido en nuestro mismo suelo las fuerzas que formarán la generación futura, la generación de la revancha de ellos, la que, si no nos cuidamos, borrará a Francia del mapa del mundo.

Estamos a tiempo de cambiar de opinión. Cada día que pasa agrega centenares de víctimas a las que se acumulan en los campamentos del hambre. Los sentimientos generosos y caballerescos sólo tienen derecho de florecer cuando reina la justicia. Su sitio está en la cumbre, no en la base de la vida. En la base de la vida, como decía el viejo Esquilo, se halla la justicia. Obtengámosla primero y seremos generosos y caballerescos con placer y con exceso cuando esas virtudes no fomenten el hambre; la desgracia y la muerte entre nuestros hermanos sacrificados.

Mauricio MAETERLINCK.

UN MUCHACHO HABIL

Cuatro mañanas consecutivas el dueño del hotel había visto a una de las huéspedas, joven señora recién llegada del campo, dirigirse al segundo patio para volver con una jarra de agua.

—Señora, — le dijo por fin — no necesita molestarse; toque el timbre y vendrá el muchacho que le traerá el agua.

—¿Dónde está el timbre?

—Allí, señora, al lado de su cama.

—¡Ah! ¿eso es el timbre? El muchacho me dijo que era la alarma de incendio y que no lo tocara en ningún caso.

VIAJE AGUADO

—¿Le gustó mucho a su señora el viaje a las cataratas del Iguazú?

—No; en el mismo momento en que vió las cataratas pensó si no se habría olvidado de cerrar la canilla del cuarto de baño, antes de partir para el viaje.

SIN NOTICIAS DEL ASUNTO

Un viajero vióse obligado a permanecer una noche entera en un pueblito, a causa de las grandes lluvias que habían inundado los alrededores e imposibilitado la circulación de los trenes. Entró en el comedor de la fonda del pueblo y exclamó dirigiéndose a la sirvienta:

—Esto parece el Diluvio.

—¿Qué parece?

—El Diluvio. ¿No ha leído usted del Arca que por fin queda en el Monte Ararat?

—No, señor; hace tres días que no llegan los diarios.

EN UN HOSPITAL PRUSIANO



—Puedes sacarte las vendas; el sastre a quien le debías 600 marcos, salió ayer del hospital.

EL ULTIMO EN SABERLO

—Totó, — dijo el joven que había sido aceptado, rebosante de satisfacción — ¿sabes que me voy a casar con tu hermana?

—Sí, todos lo sabíamos.

UNA MUJER DIJO...

Que la esposa más feliz no es la que se casa con el hombre mejor, sino la que hace de su marido el hombre mejor.

EL MEDICO DE LA REINA

El profesor Wilson, de la Universidad de Edimburgo, fué nombrado médico honorario de la reina Victoria y creyó oportuno informar a sus alumnos de esta distinción. Escribió, pues, lo siguiente, en el pizarrón de su laboratorio: "El profesor Wilson participa a sus alumnos que en la fecha ha sido nombrado médico honorario de su majestad".

Durante una breve ausencia del profesor, uno de los estudiantes escribió debajo de la participación estas palabras del himno famoso: "God save the Queen".

ESGRIMA



—¿Dos centavos? ¿Y qué quiere que haga con dos centavos?
—Guárdelos aunque sólo sea para dárselos a un sordomudo verdadero.

PERRO INTELIGENTE

Durante la reunión se había referido varias notables historias de perros inteligentes, y cuando ya parecía agotado el tema, uno de los presentes, que hasta entonces había permanecido silencioso, comenzó a hablar:

—Yo también tuve un perro notable. Era un perro de caza, y cierta mañana salí con él a dar un paseo. En eso pasó un hombre completamente desconocido. Mi perro echó a correr detrás de él, como si siguiera una pista; le llamé varias veces, pero en vano: el perro se obstinaba en seguir al desconocido. Por fin logré acercarme a éste y le pedí disculpas por la impertinencia del animal. El hombre me dijo:

—¡Oh! no me extraña. Veo que su perro es un animal inteligente: mi apellido es Perdiz.

DEFINICION

El hombre de poco valer que se vanagloria siempre de sus ilustres antepasados, es como la papa: todo lo que tiene de bueno está bajo tierra.

UN DIPLOMATICO

En una fiesta, alguien preguntó al embajador norteamericano en Londres, míster Choate:

—Si no fuera usted mismo, ¿quién querría ser?

El embajador repuso prontamente:

—El segundo esposo de la señora de Choate.

EL LIMITE

Dicen que la siguiente historieta, relatada con la mayor gravedad, es suficiente para suspender en una reunión la larga serie de casos de inteligencia canina que la gente necesita comunicar. Había un perro que tenía la costumbre de hacer la siesta en la cama de su amo. Fué castigado severamente y desde entonces, cuando oía acercarse pasos, saltaba de la cama y se echaba en un rincón de la habitación, asumiendo un aire de perfecta inocencia. Pero el amo ponía la mano en la cama y al sentir tibio el sitio donde había reposado el perro, descubría la reciente contravención, a la que seguía un nuevo castigo. Cierta vez el amo entró en la pieza de pronto y halló al perro erguido junto a la cama y abanicando con las patitas de adelante, para enfriarlo, el sitio donde había dormido...

PARANDO EL GOLPE

Un conocido predicador, el Dr. De Witt Talmage, realizó una jira por Inglaterra, pronunciando sermones. En momentos en que se disponía a iniciar uno en una población rural, alguien le pasó un papel que no contenía más que esta palabra: "Estúpido". El doctor subió al púlpito y comenzó diciendo que muchas veces había recibido cartas cuyo autor había olvidado firmar, pero que era la primera vez que recibía una en que el autor ponía la firma sin escribir la carta.

EL VOCABULARIO DE LOS REYES MAGOS

El niño dijo en la mañana del día de Reyes:

—Papá, anoche sentí a los Reyes Magos en mi cuarto.

—¿Sí?

—No pude verlos porque estaba muy obscuro, pero oí cuando uno se agachó al lado de la cama y buscó una media. Al alzarse se dió un golpe tremendo con la cama y dijo...

—¡Basta, chico, basta!—le interrumpió vivamente el padre. — Vete a tomar la leche...

Puchitos

Los buques alemanes en puertos norteamericanos que secuestró el gobierno de los Estados Unidos, eran 109. Casi todos tenían las máquinas intencionalmente deterioradas. Ocho meses después de declarada la guerra estaban listos para la navegación. Diez y seis de ellos han sido destinados para transportes de tropas, y como tienen en total una capacidad para 60.000 hombres, se calcula que haciendo sólo tres viajes cada dos meses, esos buques pueden transportar a Europa, en un año, 1.080.000 soldados.

Un solo pedido de la Asociación Cristiana de Jóvenes, establecida en Francia para proporcionar a los soldados norteamericanos cigarros, golosinas y otros artículos que no provee el gobierno, comprendía: 600 toneladas de cigarrillos, 125 toneladas de cigarros, 312 toneladas de tabaco para pipa, 60 toneladas de pastillas de goma, 635 toneladas de caramelos, 10 toneladas de pasta dentífrica, 2.850 toneladas de azúcar (la Asociación Cristiana de Jóvenes fabrica en Francia, con azúcar norteamericana, el chocolate que distribuye a los soldados), 250 toneladas de bizcochos, 225 toneladas de cocoa, 500 toneladas de leche condensada y 375 toneladas de frutas en tarros. ¡Un solo pedido!

Se ha sabido últimamente que la mayor parte de los diarios viejos norteamericanos va a China, donde los comerciantes los utilizan como papel de envolver. Una sola casa de Hong-Kong compra anualmente diarios viejos por valor de medio millón de pesos.

Un nuevo timbre postal muy apreciado por los filatélicos es el que se acaba de establecer en los Estados Unidos para franquear correspondencia transportada por vía aérea. Este servicio es efectuado por una escuadrilla de seis aeroplanos que parten de Nueva York y llegan a Wáshington. Cada aeroplano transporta 300 libras de correspondencia. Cada carta que se desea enviar por aeroplano debe llevar, además del franqueo ordinario, un sello postal de 24 centavos. También existe un timbre ''aéreo'' en Italia, donde una escuadrilla postal efectúa regularmente el servicio de Pisa a Cagliari.

Las líneas de pescar más largas del mundo, son sin duda las de la Compañía Pescadora de la Costa Oriental, de Inglaterra, que opera en las aguas de Islandia y del Mar Blanco.

Tiende líneas que tienen más de cien cuadras de largo y siete mil anzuelos.

Está repetidamente observado que los cangrejos se vuelven de color rojo intenso cuando se los pone en agua hirviente, pero que sepamos, nadie hasta ahora ha dado una explicación satisfactoriamente científica de este fenómeno.

El libro más pequeño del mundo se encuentra en poder de la familia del conde de Dufferin, en Inglaterra. Es una edición del libro sagrado de los hindúes Sikhs, y su tamaño es la mitad de una estampilla de correos.

Las zanahorias hervidas, dice una revista norteamericana, son un sustituto de los huevos. Para esto se las hace hervir hasta que constituyan una pasta blanda, como de puré, que se hace pasar por un cedazo. Incorporada esta pasta a un budín, por ejemplo, le da el mismo color que los huevos y un sabor que, según algunos, es más agradable. Por supuesto, su valor alimenticio es inferior al de los huevos.

El alza en los precios de todos los artículos ha sido tan general en los Estados Unidos que el valor adquisitivo del dólar, lo que viene a ser su valor real, ha bajado cerca de la mitad. Con un dólar, en junio de 1914 uno compraba artículos por valor de cien centavos; en junio de 1915, con igual moneda uno no podía comprar más que noventa centavos; dos años después, en junio del 17, los cien centavos no valían más de setenta y cinco centavos, y en el presente año, cincuenta y siete centavos.

VIDA SOCIAL



—Hay varios modelos de bóvedas; ¿quiere una de estilo Luis XIII o Renacimiento?
—¡Renacimiento, no!: es para mi suegra.

''EL PENSADOR'', DE BERLIN



—Pan escaso, salarios bajos, subsistencias y ofensivas muy caras...

Cuentos y leyendas japoneses

RIKI BAKA



Se llamaba Riki, que quiere decir fuerza — pero lo apodaron "Riki-el tonto" y "Riki-el loco" — "Riki Baka" — pues vivía en una perpetua infancia. Por esta razón, todo el mundo era bueno y paciente con él, hasta un día en que, riendo a carcajadas, incendió una casa, dejando caer la llama de un fósforo, sobre un mosquitero.

A los 16 años, era un mocetón, grande y fuerte, pero su psicología continuaba siendo la de un niñito. Seguía jugando con los pequeñuelos del barrio. Los chiquillos de 7 años no querían divertirse más con él, pues "Riki Baka" no podía aprender la hora, ni sus canciones.

Su juguete favorito era el mango de una escoba; lo cabalgaba como a un caballo; y durante horas y horas trepaba y descendía bruscamente sobre su clavileño, entre gozosas risotadas, la costa escarpada que se extendía ante su casa. Llegó a armar tanto estrépito con sus piruetas, que tuve que llamarlo y rogarle que eligiera otro sitio para sus juegos. El pobre se prosternó con humildad, y se alejó arrastrando melancólicamente, detrás de sí, su palo de escoba.

Suave e inofensivo, salvo cuando tenía la ocasión de jugar con fuego, no molestaba a nadie... Su relación con la vida de nuestra calle no era más importante que la de un perro o la de un pollo...

Cuando desapareció, no me apercibí de ello; pasaron varios meses antes que algo me hiciera recordarlo.

—¿Qué ha sido de Riki — pregunté un día al viejo leñador que nos surtía de leña.

Más de una vez había visto a Riki ayudando al leñador a llevar las cargas de leña.

—¿...Riki Baka?... — dijo el viejo. — ¡Ah! ¡Ha mueıto!... ¡Pobre Riki!.. ¡Pobre muchacho!... Sí, murió de pronto, hará casi un año... Los médicos dijeron que sufría de una conmoción cerebral... Ahora cuentan de él una historia muy extraña.

—¿Qué historia? — pregunté.

—Cuando murió, su madre grabó su nombre — Riki Baka — en la palma de la mano izquierda del niño; escribió Riki en caracteres chinos y Baka en letras Kana. Y oró muchas oraciones para que el pobre pudiera renacer en una condición más feliz.

Tres meses después, nació un niño, en la honorable casa de Nasigashi-Sama, en Kojimachi. En el interior de su mano izquierda tenía escrito — con letras muy visibles — el nombre de "Riki Baka". La familia comprendió que dicho nacimiento era debido a alguna súplica... Hicieron averiguaciones, y al poco tiempo un verdulero le dijo que un muchacho idiota, "Riki Baka", que vivía en el barrio de Ushigmé había muerto el otoño anterior. Dos criados de la casa de Nasigashi-Sama fueron en busca de la madre de Riki. La encontraron y le dijeron lo apetecido... ¡La madre tuvo gran alegría, pues la casa de Nasigashi-Sama, era conocida por su riqueza!... Pero los servidores le dijeron que la familia de Nasigashi estaba muy contrariada por la palabra "Baka" escrita en la palma de la mano izquierda del niño.

—¿Dónde fué enterrado vuestro Riki? — le preguntaron.

—En el cementerio de Lendóshi — contestó ella.

—Dadnos un poco de tierra de su fosa — dijeron los servidores.

La mujer los acompañó hasta el cementerio y señaló la fosa de su hijo.

Recogieron un poco de tierra y la envolvieron en una pequeña colcha de algodón. Dieron una cantidad de dinero a la madre de Riki y se alejaron rápidamente.

El viejo leñador se detuvo.

—¿Y para qué querían la tierra de la fosa de Riki? — interrogué sorprendido.

—¡Bien comprenderéis — repuso — que no podían dejar crecer al niño, con semejante nombre escrito en la palma de la mano. No existe más que un medio, para quitar las marcas que hubiere en el cuerpo. Se debe frotar la piel del recién nacido, con un poco de tierra de la fosa que cubre los despojos mortales de su existencia anterior.

MUJINA[1]

En la carretera de Akasaka cerca de Tokio existe una costa llamada "Kü-no-Kuni-zaka", o sea la costa de la provincia de Kü-Bordéala, un antiquísimo y profundo barranco cuyas verdegueantes pendientes trepan hacia los jardines y los altos muros de un palacio imperial.

Mucho antes de la era de las linternas y de los "jinrishkas" esta zona estaba absolutamente desierta desde el anochecer... Los caminantes retardados preferían hacer un gran rodeo, antes que trepar solos, después de la puesta del sol, la costa de la provincia de Kü.

Huían de la costa atemorizados por un "mujina" que se paseaba por ella...

El último hombre que vió al "mujina" fué un viejo mercader que había muerto hacía unos treinta años.

He aquí el relato de la aventura, según él mismo me la refirió:

Una noche, en tanto subía la costa de la provincia de Kü, percibió a una joven agachada cerca del barranco... La joven estaba sola y parecía llorar amargamente. Al viejo se le ocurrió que la joven estaría allí con el propósito de suicidarse. Compadecido, se detuvo para socorrerla, si ello era necesario. Acercóse a ella. Vió que la desconocida era grácil, menuda, y estaba ricamente vestida; observó asimismo que su cabellera estaba peinada como la de señoritas de "familia distinguida".

-O-juchû — exclamó el viejo. — ¡No sollocéis así!... Decidme cuál es vuestra pena... ¡Me placería seros útil!

El viejo sentía realmente lo que decía, porque era hombre de corazón sensible.

---

(1) Fautasma sin cara.

La joven continuó su lloro ocultando el rostro con una de sus amplias mangas.

—¡O-juchú! — insistió el viejo dulcemente. — Escuchadme os suplico... Este lugar no es adecuado para que una joven esté sola en él, y menos de noche. No lloréis más; decidme lo que os sucede. Quizá podré ayudaros.

La joven se levantó lentamente... Estaba de espaldas y seguía con el rostro oculto... Gemía y lloraba alternativamente.

Entonces el viejo extendió la diestra apoyándola en el rostro de la joven, en tanto le decía por tercera vez:

—¡O-juchú! Escuchadme un momento...

Entonces la distinguida joven se volvió bruscamente.

¡El viejo vió que la joven no tenía nariz, ni boca, ni ojos!...

¡Y escapó, aullando de espanto!...

¡Huyó hasta el extremo de la costa obscura y desierta que se extendía hasta él!... ¡Corría sin detenerse, sin atreverse a mirar hacia atrás!...

Por fin vió a lo lejos una linterna que brillaba... Su luz era tan pequeña que se asemejaba a una luciérnaga... Era el pábilo encendido de un vendedor ambulante que había establecido su tienda al margen de la carretera. Después de lo que le acababa de suceder, el más humilde representante humano era bienvenido para el viejo. Jadeante llegó donde estaba el pobre vendedor y se dejó caer a sus pies exclamando:

—¡Ah!... ¡Ah!... ¡Ah!... ¡Ah!... ¡Ah!...

—¡''Koré!... ¡''Koré''!... — dijo el vendedor ambulante. — ¿Pero qué tenéis? ¿Os han maltratado,

—¡No!... No me han hecho nada... — balbuceó el viejo... — Pero ¡Ah!... ¡Ah!... ¡Ah!...

—¿Os han asustado?... — insistió el vendedor con un acento burlón. — ¿Habéis tropezado con un ladrón?

—¡No!... Pero... cerca del barranco vi... ¡Oh! vi... a una mujer que me hizo ver... ¡Ah!... nunca... podré deciros lo que me hizo ver...

—¡Eh! ¿Algo así os hizo ver? — exclamó el vendedor.

¡Y se acarició la cara que de inmediato se transformó en un huevo!...

Al mismo tiempo se apagó la luz.

EL ÚLTIMO PENSAMIENTO DE UN DECAPITADO

La ejecución debía realizarse en el ''yashiki''. El condenado fué conducido a él. Le obligaron a arrodillarse en el centro de un gran espacio arenado, partido por una hilera de ''tobi-ishi'' o piedras chatas iguales a las que se suele ver en los paisajes japoneses. Le ligaron los brazos a la espalda. Algunos servidores trajeron baldes llenos de agua; alrededor del hombre arrodillado amontonaron grandes bolsas de arroz, rellenas de piedra para que no pudiera moverse más. El patrón vigilaba todos los preparativos; como éstos habían sido realizados escrupulosamente, no hizo ninguna observación.

De pronto el hombre que iban a ''ajusticiar'' volvió la cabeza hacia él, gritando:

—Respetable señor, escuchadme... El yerro por el cual me van a matar lo he cometido ''sin querer''. Fué un error debido a mi gran necesidad. ¡Es una maldad condenar a muerte a un hombre sólo por su falta de inteligencia! ¡Si lo hacéis lo pagaréis... me vengaré en vos mismo!...

En efecto, si una persona muere en un acceso de cólera, su fantasma podrá vengarse ulteriormente del matador... El ''samurai'' lo sabía... Por ello contestó al condenado, con voz suave casi acariciante:

—Después de muerto os permitiremos que nos espantéis tantas veces como os plazca intentarlo... nos es muy difícil creer en vuestras palabras... A menos que después de decapitado nos déis una prueba de vuestro furor.

—Os la daré — dijo el condenado.

—Bien—declaró el ''samurai'' desenvainando su larga espada — ahora voy a acortaros la cabeza... Ahí delante hay un ''tobi-ishi''. Cuando vuestra cabeza esté separada del cuerpo tratad de morder la piedra. ¡Si vuestro espíritu furioso realiza esta hazaña, entonces prestaremos fe a vuestra amenaza! ¿Trataréis de morder la piedra?

—¡La morderé — rugió el hombre furibundo. ¡La morderé!... La mor ..

Hubo un relámpago, un silbido y un choque pesante... El cuerpo del hombre se inclinó hacia adelante. Dos chorros de sangre brotaron de su cuello... La cabeza rodó hacia el ''tobi-ishi''. Con un salto brusco mordió el borde superior de la piedra, sosteniéndose un instante así... Luego cayó inerte.

Nadie dijo una palabra... Los servidores miraron a su amo con espanto... Este parecía perfectamente calmo. Tendió su sable al servidor más próximo, el cual lo colocó perpendicularmente con la punta hacia abajo, en tanto que otro servidor, cogiendo un balde de agua, hacía correr el agua a lo largo de la hoja, de arriba abajo.

Luego el primero secó el acero con hojas de papel de seda.

Así terminó la parte ceremonial del incidente.



Durante varios meses los servidores del ''samurai'' vivieron en un temor constante. Temían la aparición de algún fantasma. Ninguno dudaba que la venganza prometida se cumpliría y en su terror veían y oían muchas cosas que no existían más que en su imaginación!... Todo les inquietaba; el silbido del viento, lamentándose en la caña de los bambúes, las sombras oscilantes de los follajes del jardín.

Finalmente, después de no pocos conciliábulos, resolvieron suplicar a su señor que hiciera celebrar un oficio ''segaki'' para el reposo del espíritu vengador.

—¡No es necesario! — manifestó el ''samurai'' cuando el jefe de su escolta le hubo expresado sus deseos. Comprendo que se tenga miedo cuando la última ansia de un moribundo es un ansia de rencor y de venganza. Pero en este caso no hay nada que temer.

El jefe contempló a su señor con asombro. Calló, no osando preguntarle qué quería decir con tales palabras...

—La razón es muy sencilla — continuó el ''samurai'' adivinando la perplejidad de su servidor. ¡Sólo su último pensamiento habría podido sernos funesto!... Pero yo perturbé sus ideas, distraje su intención al rogarle que nos diera una prueba inmediata de su furor. Murió con la firme resolución de morder la piedra. Toda su potencia se agotó en la realización de este acto y distrayéndose de lo demás. No os preocupéis más de su amenaza. Olvidadla como la olvidó él...

Y efectivamente, el muerto no ocasionó ningún fastidio. No pasó nada.

EL ESPEJO

Hace muchos años, en un lugar llamado Matzuyama, en la provincia de Echigo, vivían un joven ''samurai'', su esposa y una niña pequeña, hija de ambos. Sus nombres han sido olvidados.

Un día el ''samurai'' fué a Yedo. Al volver trajo algunos regalos — bombones y una muñeca para su hijita — y un espejo de bronce para su esposa.

La joven madre quedó maravillada del regalo: era el primer espejo que traían a Matzuyama. Ignoraba para qué servía; inocentemente preguntó a su esposo de quién era la linda cara sonriente que se manifestaba dentro de él cuando lo miraba de cierto modo. El ''samurai'', riendo, le dijo:

—¡Qué ingenua sois! ¡Es vuestra propia cara!

Ella, confusa, no se atrevió a interrogarle más. Guardó cuidadosamente el espejo, como se merecía un objeto tan misterioso.

Lo conservó, así, oculto, durante largos años. La historia original no nos dice por qué. ¿Quizá por la sencilla razón de que en todos los países el amor trueca el regalo más humilde en algo demasiado sagrado para dejarlo ver?

La madre enfermó; sintiéndose próxima a su fin, mandó a su hija que buscara el espejo.

Esta lo buscó y lo trajo; entonces la madre se lo dió, diciéndole: ''Cuando yo esté muerta y tú quieras verme, no tendrás más que mirar este espejo y me verás. No llores, pues''. Poco después falleció.

Desde ese día, la niña, ya casi adolescente tenía siempre el espejo al alcance de sus manos; y no sospechaba que era ella la imagen que veía reflejada al mirarse. Creía que era la de su madre a la que se parecía mucho. Y en tal creencia hablaba a su propio reflejo como si fuera el de su madre, con la sensación, o, como lo dice más conmovedoramente la versión japonesa original, ''con el corazón palpitante de volver a estar con su madre y amaba al espejo sobre todas las cosas''.

Su padre advirtió al fín su conducta y se extrañó.

Le preguntó por qué se miraba tanto en el espejo y qué eran esas conversaciones que tenía mientras se contemplaba. La niña le contó todo.

''Entonces — dice el viejo narrador japonés pensando en lo lastimoso del caso,—los ojos del padre se nublaron de lágrimas.''

Lafcadio HEARN.

Dib. de Rojas.



Rosita Rodrigo







Con la personalidad artística de esta notable tonadillera española, cuyo reciente debut en el teatro Mayo constituyó un franco éxito, ha sido reforzado el elenco que actúa en dicho coliseo mediante un elemento de verdadera valía, cuyo mérito seguramente habrá de evidenciarse en las preferencias del público. Como las pingües utilidades que hoy ofrece aquella especialidad ha descargado sobre el arte un aluvión de candidatas a explotar tal género, resulta empresa difícil el sustraerse a mediocridades consagradas, pero, felizmente, el caso que nos ocupa constituye la deseada excepción, pues Rosita Rodrigo encarna el temperamento de la verdadera tonadillera, cuyo arte original, donde descuella una escuela personalísima, halla feliz complemento en sus cualidades físicas y hasta en las galas de su indumentaria.

La progenie de Job



El chalet social del Club de Pescadores, sito en la dársena norte, junto a la entrada de la escollera que utilizan los asociados.

Si los deportes más generalizados, aun incluyendo aquellos de condición bárbara, tuvieron siempre entusiastas admiradores, que se lanzaron al panegírico, sin escatimar frase laudatoria en su honor, ora haciendo resaltar la belleza de sus características, ya poniendo de relieve la acción beneficiosa que se desprende de su cultivo; resulta inexplicable que el sport de la pesca, pacífica y honesta distracción incomprensiblemente excluída, no sólo permanezca huérfana de paladines que rompan lanzas en su defensa, sino que cuando alguna vez se le exhuma de la preterición en que yace, se efectúe con el malévolo propósito de convertir a sus adeptos en blanco de tan injustas como despiadadas burlas.

En efecto; desde el epigrama hasta la novela, pasando por la escena dramática, el pescador de caña, al que ya se agravió definiéndole como ''un aparato que empieza en un anzuelo y termina en un tonto'', ha ofrecido a la literatura tema inagotable para amenas y festivas incursiones en el campo de las letras, y, es claro, como consecuencia de semejante propaganda, quedó seriamente minada la reputación del gremio, en su faz deportiva, dando lugar a que el vulgo se sirviera de ella, como materia apta para el cultivo de la chacota.

Ahora bien; ¿por qué se ha elegido al pescador de caña como víctima propiciatoria del chiste? Pues, sencillamente, por la gran dosis de paciencia que demuestra poseer mientras está en funciones.

En verdad, no deja de ser curioso, y se presta a hondas reflexiones, el hecho de que las gentes se burlen del prójimo que se destaca por haber logrado hacer acopio de una tan gran virtud como lo es la paciencia, máxime cuando, precisamente se trata de una cualidad, acaso fundamental para obtener el triunfo en la lucha por la existencia, y que, sólo suponiendo un grave descuido en los señores teólogos, se concibe que no fuera agregada a las cuatro cardinales.

Indudablemente, la provisión de paciencia en el individuo constituye algo que hoy se ha hecho tan imprescindible en la vida, como lo es el oxígeno, y en consecuencia, todo aquel que la posea al por mayor, además de hallarse más cerca de la perfección moral, se encuentra mejor pertrechado para salir victorioso del combate por la subsistencia que es, por el momento, lo que más urge. El imperio de las circunstancias nos obliga a unos más y a otros menos, a ejercer diariamente la práctica de esta virtud; de no suceder así, ¿sería posible, por ventura, soportar a determinados vates, asimilar ciertos discursos de sobremesa o asaltar en forma a un transeunte? ¿Podríamos sufrir los magullamientos causados por el precio del aceite, la carne, el pan, el azúcar y muchas etcéteras, si la paciencia no obrase como anestésico en semejantes contundencias contra el bolillo? ¿Llegaríamos a recibir tranquilamente la visita del sastre, o bien a contemplar impávidos el recibo del casero, si tal virtud no sofrenara nuestros legítimos impulsos?



Señor Julio T. Almansa, comisario de la sección 27 de policía, y actual presidente del Club.

Luego no hay que ser injustos, zahiriendo con pullas a la familia de los pacienzudos; antes al contrario, debemos admirarles, y también agradecerles, que nos ofrezcan con el ejemplo una sabia enseñanza que podemos aprovechar para nuestro propio bien, en ésta y en la otra vida, pues a juzgar ''come và il mondo'', es seguro que, si el reino de los cielos se adjudica en orden a los merecimientos, no corresponderá a los pobres de espíritu, sino a los émulos de Job.

Desde la escollera que en el puerto constituye los dominios del Club de Pescadores, y dando cara a un fresquete matutino bastante siberiano, hacíamos las precedentes reflexiones, mientras contemplábamos a sotavento la efigie de un abstraído virtuoso de la caña que, calado un peludo birrete en el cráneo y arrollada al cuello una gruesa bufanda, gustaba las suaves emociones, llevadas periódicamente a su espíritu, por la repentina inmersión de las boyitas que bailaban en la superficie al zarandeo del oleaje. Durante algún tiempo entablábase una especie de contrapunto entre el pescador y el pez; cada vez que éste efectuaba alguna travesura con la carnada, intentando ''morfársela de arriba'', como diría ''Yacaré'', aquél cimbreaba fuertemente la caña, haciendo saltar los anzuelos en el aire, con lo cual daba a entender a los pescados juguetones que están muy caras las subsistencias para ser regaladas. Pero, los peces no hacían caso de tales advertencias, y una y otra vez volvían a su propósito con mayor obstinación. Desde un principio, palpitamos que el jueguecito iba a concluir mal para una de las dos partes, y así sucedió, en efecto, pues cierta vez, la caña, al ser sacudida, halló marcada resistencia en la cuerda, cuyo extremo vibraba con violencia bajo el agua. El bambú se arqueó, y poco después emergía bruscamente, enganchado por las agallas, un respetable pejerrey que coleaba en el vacío lanzando plateados reflejos. Comprendimos el fin que le aguardaba, y musitando a guisa de responso, un ''¡séate leve la sartén!'', nos alejamos, muelle adelante, en cuyo trayecto encontramos a los señores Julio T. Almansa y Pedro Mazzini, presidente y tesorero, respectivamente, del Club de Pescadores.



Una yunta partidaria del espinel, en momentos de lanzar el palangre al agua.



El señor Pedro Mazzini, tesorero de la institución, ojo alerta al primer llamado de la boya.

Con las provisiones a retaguardia y dispuesto a esperar un buen lance

Hace cerca de 20 años que estos señores, en compañía de don Hernán Ayerza, fundaron la institución con un núcleo de 60 socios. Don Miguel Quirno, su primer presidente, fué sustituído por el señor Almansa, y bajo la inteligente dirección de éste alcanzó la sociedad el notable desarrollo y próspero estado económico que hoy ostenta.

—Es tal la afluencia de nuevos socios—nos decía entusiasmado el señor Almansa — que ha sido necesario elevar a 50 pesos la cuota de entrada, para limitar las inscripciones, pues no hay sitio para tanto asociado. Actualmente somos 350 y figuran como socios el ministro doctor Salaberry, el jefe de policía, doctor Moreno, el general Benavídez, los doctores Julio Costa, Le Bretón, Zabala, Herrera, Ayerza, Romero, Mirei, Nario y otros caballeros.

—¿Dónde se instaló primeramente el Club?

—En el antiguo muelle de los franceses, y cuando los temporales lo destruyeron nos trasladamos, con autorización del gobierno, a esta escollera donde fué construída la casilla social.

—¿Son muchos los que cultivan el deporte?

—Nunca faltan ''habitués'' empedernidos, pero cuando reina buen tiempo acuden centenares de aficionados, y no pocas señoras y niñas, que se divierten agradablemente y realizan obra humanitaria, pues se suele donar gran parte de la pesca a las instituciones de beneficencia.

—¿Ha ocurrido algún accidente desgraciado?



''¡Qué malos! No se dejan enganchar!...''



''¡Ojo! Ahora va de veras...''



Un cuarteto de baquianos que conocen los lugares preferidos del pejerrey.



Stock de cañas prontas para ser utilizadas.



Una comandita afortunada.



Saludable pesca de oxígeno en familia.

—Recuerdo tan solamente uno: el del naufragio de nuestro tesorero, que él mismo puede explicar a usted.

Y el señor Mazzini agregó sonriendo:

—En efecto; fué un serio percance que me ocurrió con una hermosísima boga. El pez, que había tragado el anzuelo, se resistía con todas sus fuerzas a salir del líquido elemento, y yo, con grandes precauciones, para no malograr el lance, me empeñaba en lo contrario. La porfía continuaba con obstinación por ambas partes cuando he aquí que mi contrincante me hizo perder pie y ¡zás! hombre al agua! Conseguí mantenerme a flote, sin abandonar la caña, y en esta situación prosiguió el duelo, con más encarnizamiento, hasta que al fin logré salir triunfante. La boga, es cierto, me zambulló en agua fría, pero en cambio, ¡oh placer de los dioses!, yo la hundí en aceite hirviendo...

PROTEO.

LOS EMPLEADOS DE CORREOS Y TELEGRAFOS



Parte de la concurrencia que asistió a la asamblea extraordinaria convocada por la junta ejecutiva de la asociación argentina de telegrafistas y empleados postales, para tratar sobre el triunfo obtenido por el personal subalterno con la implantación inmediata de la mayor parte de las mejoras solicitadas a las autoridades de la repartición y concedidas por éstas, con cuya solución quedó conjurada la posibilidad de una huelga general. El acto se realizó el martes de la semana anterior, en los salones de la Casa Suiza y en medio de gran entusiasmo.



Vista de uno de los jardines italianos del multimillonario John D. Rockefeller, en Pocantico Hills, Estado de Nueva York. Los árboles, la balaustrada, los mármoles y hasta la línea de suaves colinas en la lejanía, recuerdan los jardines florentinos del Renacimiento.

LA CIUDAD KAKI



La decoración es siempre la misma y aun así su belleza impresiona desde que se sale de la estación, aun cuando no se trate de un admirador como soy yo de esta vieja ciudad de Boulogne-sur-Mer, coronada por la cúpula de su catedral y por la torre de su castillo y cuyas casas se amontonan sobre el acantilado desde lo alto hasta la playa. Bañada por la bruma marina, envuelta por el humo del puerto y de las usinas, desde todos sus barrios y desde sus muelles se elevan mil rumores de incesante actividad; sirenas, bocinas de autos, campanas de tranvías, gritos de vendedores de pescado se entremezclan sin descanso durante todo el día.

Pero apenas se ha pasado el puente Marguet los ojos se encuentran con una singular novedad: la obsesión del color kaki. Escoceses con polleras kaki con su birrete en la cabeza, infantes, hombres de caballería con el casquete plano y pesadas botas, soldados de las ambulancias de la "Red-Cross", todos en uniforme color kaki, interrumpido apenas por algún distintivo de otro color, forman por las calles algo así como un hormiguero de abejorros. Un oficial francés, con su kepí rojo y oro, pone acá y allá, entre esa monotonía, una nota de exotismo al revés.

El fez de un zuavo resulta allí un contrasentido. Es la ciudad color kaki.

Kaki en los muelles a lo largo de los cuales se colocan anchas embarcaciones llenas de uniformes kaki; kaki en la plaza del mercado, en torno de la iglesia de San Nicolás, entre los vivos colores de las flores en macetas, de las verdes legumbres, de las pilas de zanahorias y manzanas; kaki en los hoteles, en los albergues, en los cafés.

Si, las calles han tomado aspecto inglés, los hoteles de la coqueta ciudad—balneario, las casas importantes han sido transformadas en hospitales, oficinas, hogares y dispensarios británicos. En las ventanas abiertas sobre el puerto del hotel C. aparecen entre los geranios, frescos rostros rosados y rubios de amas con cuellos blancos. Por todas partes las iniciales incomprensibles para los profanos: G. M. C. A.; M. V. S; B. C. M. Los hoteles elegantes que dan a la playa, han sido tomados totalmente por oficiales de uniforme kaki enjaezados, ceñidos, con polainas leonadas, que descienden de autos, de coches de plaza, todos igualmente pródigos, lacónicos y formales.

LOS SEÑORES OFICIALES LLEGAN

Ricos, con sus brillantes sueldos que colocan a los tenientes en el mismo pie que los comandantes franceses, lujosamente equipados, la chaquetilla ajustada, las rodillas ceñidas por el pantalón de montar, pasean luciendo sus torsos de jóvenes dioses y sus rostros rasurados de "gentlemen". El estado mayor se distingue por las vueltas rojas del casquete y del cuello. Los escoceses enarbolan en sus birretes brillantes atributos que representan armas, flores de cardo y cabezas de ciervo, y sus rodillas desnudas baten los "kilts" multicolores forrados en tela kaki. ¡Ah, el elegante ejército!

Estirados en sus lujosos autos, sentados en las terrazas de los cafés o trepados en las sillas de los bars ante un vaso de "ale" o de "stout", estos hombres admirables no abandonan jamás ese aire a la vez despreocupado y erguido que acentúa el relampaguear del monóculo y que agrava el pronto gesto de lanzar negligentemente sobre la mesa un par de guantes de esgrima de cincuenta francos.

El que se dedique por espacio de una hora a observarlos en el "hall" del hotel F. tendrá ocasión de hacer el más interesante, el más picante y divertido estudio psicológico. "¿A room please?" Llegan en fila, tan apurados que se tiene apenas el tiempo de entregar a cada uno un papel en el que está escrito el número de la respectiva habitación. Las salas de baños no descansan: es un gasto extraordinario de agua.

En el bar, luego, reclinados sobre los sillones de cuero, con los pies en alto, absorben silenciosamente su soda, lanzando al cielo raso el humo de sus cigarrillos con olor de miel. Hay allí hombres que llegan de Egipto, del Canadá, del Natal, y en esas posadas que han albergado al rey, al príncipe de Gales, Kitchener, French, Joffre, etc. ellos circulan con un desparpajo sin igual, al corriente de todo en cinco minutos. Algunos conservan con ellos algún animal favorito; oficiales del ejército de Indias sacan de sus bolsillos lagartos que aproximan a los vidrios y hacen apuestas sobre cual de los pequeños animalitos cazará más moscas en menos tiempo.

Cuando el hotel está repleto, insisten en pasar la noche en un sofá y cuando todos éstos están ya ocupados se conforman con acostarse en el suelo sobre las alfombras. El "closk room" es un amontonamiento fantástico de mantos kakis, de sombreros canadienses, birretes, casquetes y bonetés escoceses. La cajera tiene detrás de ella colgados de una percha los guantes olvidados, treinta o cuarenta pares por semana. En cuanto a los pyjamas y a la ropa blanca abandonada voluntariamente o no, hay armarios llenos.

LA CALLE ES DE LOS TOMMIES

Numerosos durante todo el día, después de las cinco de la tarde son incontables. Los tranvías suburbanos los transportan de los campos próximos a la ciudad en verdaderos racimos, sobre los estribos, en los topes de las plataformas; en todo sitio donde se pueda asentar un pié o afirmar una mano se ve un soldado kaki. Rasurados hasta sacarse sangre, bien lustrados y cepillados, con una varita en las manos, deambulan en grupos simpáticos, siempre ávidos de curiosidad, por la gran ciudad, después de un rudo día de entrenamiento. ¡Ah, los bazares que ofrecen a la vista reloj-pulseras, cortaplumas, pipas y extravagantes tarjetas postales ornadas de puntillas y seda! ¡Y los cines donde Carlitos los hace reir hasta las lágrimas y la orquesta hace oir intencionalmente tocantes romanzas: "Till the boys come home" o "There's a long, long trail", tan caras a sus cándidos corazones ingleses! En los bares se sientan juntos codo con codo, la pipa en la boca, delante de un vaso de cerveza, silenciosos y cuidando no beber precipitadamente. Algunos prefieren los viejos bares de Boulogne: "Pope's Bar", "Red Lion", bajos de techo y ahumados, donde encuentran con el olor de Inglaterra la "stout" negra y espesa que les calienta el estómago.

Todos demuestran una perfecta urbanidad y cortesía. Jamás un soldado inglés dejará de ofrecer su asiento en un tranvía a una mujer, aunque sea ésta una mujer del pueblo. Un día, cerca de las 7 de la noche, una niña se esforzaba por dar vuelta a la manija de bajar la cortina metálica de una tienda, cuando dos soldados pasaron con sus sombreros de fieltro sobre la oreja:

—"Padon, mamoiselle!" — y ambos se disputaron el placer de ayudar a la jovencita, que enrojeció, sonrió y agradeció finalmente la gentil ayuda.

Entre ellos, los soldados ingleses mantienen una camaradería, un espíritu de cuerpo siempre dispuesto a demostrarse. Si en un grupo de ellos hay alguno desprovisto de dinero, los otros pagan a escote el gasto de aquél, que en la primera oportunidad dará la revancha. Y cuando, en tren de aventuras, un tommy se ha dejado sorprender por los efectos de las bebidas francesas, de que no supo desconfiar, los que lo acompañan lo sostienen, lo rodean, lo escamotean, en una palabra, para evitar el escándalo y tal vez una punición.

Porque los gendarmes de la "military police", en color kaki también, pero inconfundibles por sus casquetes rojo-grosella, no pecan de manos muertas. Altos y grandes como torres, patrullan a paso de parada por las calles; no hacen por cierto un discurso para echar la mano sobre la espalda de un delincuente. Esas pequeñas operaciones que entre nosotros se hacen en medio del mayor aspaviento y de un círculo de curiosos, son cumplidas por los "M. P." con una ejemplar destreza.

EL EJÉRCITO DE MUJERES

En los paseos del alto de la ciudad que contornean el viejo castillo de Boulogne, en las pequeñas calles aristocráticas vecinas de la catedral, o bien a lo largo de las terrazas floridas que bordean la playa, lo que más sorprende al visitante son las mujeres inglesas en uniforme: amas, enfermeras de ambulancias, automovilistas o mujeres-soldados auxiliares. De todas esas "misses", la mayor parte son bonitas, con sus ojos de aguas marinas, sus cabelleras de todos los rubios y sus trajes de todas las formas y de todos los tonos. Unas, que se les denomina "las canónigas" a causa de sus pelerinas grises, bordeadas por grandes vueltas color púrpura que les da cierto aire eclesiástico; otras visten azul marino oscuro, gran sombrero, largo manto también azul con mangas adornadas nada más que por dos jinetas blancas, y hay otras también con traje azul claro con dos hileras de botones blancos que les imprime cierto porte de maestros de armas, y otras, por fin, en color kaki, con grandes guardapolvos amarillos con cruces rojas en el cuello.

Todas son despiertas, musculosas, mujeres por el encanto del rostro, pero un poco masculinas por el balanceo de la marcha que acentúan los zapatos amarillos con tacones planos. Desde los hospitales formados por grandes barracas en los alrededores, vienen a la ciudad con permiso como los tommies, en grandes carros automóviles, ambulancias o breques con soberbios caballos.

También tienen ellas sus sitios de recreo sus "homes", en los cuales la administración inglesa se esfuerza en que todas se distraigan sanamente. Pero el "shopping" es el gran placer de ellas; se las ve en las calles Thiers, Víctor Hugo y Faidherbe, pegadas en grandes grupos a las vidrieras de las joyerías baratas, de los perfumistas y, sobre todo, de los confiteros. No es posible imaginar lo que una enfermera inglesa puede absorber de caramelos y bombones! Con un movimiento de la mano desvalijan un estante de las fruterías al aire libre, para ir en seguida a sentarse en los bancos de las plazas a comer peras, ciruelas y uvas.

Prestad atención a esas "misses", que para nosotros tienen cierto aire de personaje de opereta. Sobre el pecho llevan medallas donde se lee Canadá, Natal, Australia, y cintas parecidas a las de los oficiales. Algunas he visto que llevaban tambien la cruz de guerra francesa y la medalla de las epidemias. Todas, profesionales o aficionadas, son mujeres que se interesan por sus hermanos heridos como verdaderos ángeles de piedad y abnegación.

Alrededor de todos los "offices", oficinas del estado mayor, de reclutamiento, del pagador, del telégrafo, etc., se agita un mundo de otras inglesas — éstas todas en traje kaki — que no se distinguen de los tommies más que por sus faldas y sus cabellos son las "W. A. A. C." (Women army auxiliary corps), a las que corresponden los puestos de secretarias, centinelas, estafetas ciclistas, con los grados de caporal, suboficiales y oficiales, con sus correspondientes insignias. Nada tan divertido como verlas llevarse la mano al borde del gran sombrero de fieltro para saludar a una superiora, a la que ceden la vereda.

COMO EN LONDRES

Napoleón que, desde lo alto de la columna de la Grande Armée erigida desde hace un siglo cerca del mar, tiene la mirada fija en Inglaterra, debe estar bastante sorprendido Los pueblitos, las pequeñas localidades están repletas de soldados color kaki, sin contar los campos con incontables tiendas de tela. Esos alrededores de Boulogne, donde he visto abundantes recuerdos napoleónicos: un bar "Au Petit Caporal", con un cuadro de madera que muestra al emperador entre la nieve de Rusia delante de Moscú que arde; un poco más lejos existe una villa "de los granaderos", donde, no sin sorpresa, se ve dos granaderos de la guardia esculpidos en madera, tamaño natural, coloreados de rojo, azul y oro, que presentan armas a los costados de la escalinata. Pero, por las calles, los ordenanzas del "Queen's Hussard" pasean de la brida los caballos de sus oficiales, espléndidos caballos alazanes, bayos o zainos. Pasan autobuses de Londres, repletos de soldados kakis que van a la ciudad, filas de treinta o cuarenta vehículos forrajeros a cuatro caballos que se pierden por el camino hasta el horizonte. "Cobs" irlandeses con el hocico acarnerado como los caballos de la corte de Versailles, enormes Yorkshire, de grandes patas como pollos Brahma, arrastrando toda suerte de vehículos, sólidos, vastos, graciosos, donde se resume todo el sentido práctico de Inglaterra.

Por los caminos polvorientos desfilan regimientos enteros de bombarderos, de granaderos, de escoceses. De lejos, su color se funde entre los guijarros del camino; de cerca, se ven sus caras luminosas, cabellos rojizos, ojos claros. Todos silban el aire de "Ave Makin!" o cantan a voz en cuello la historia de "Charlie Macneil".

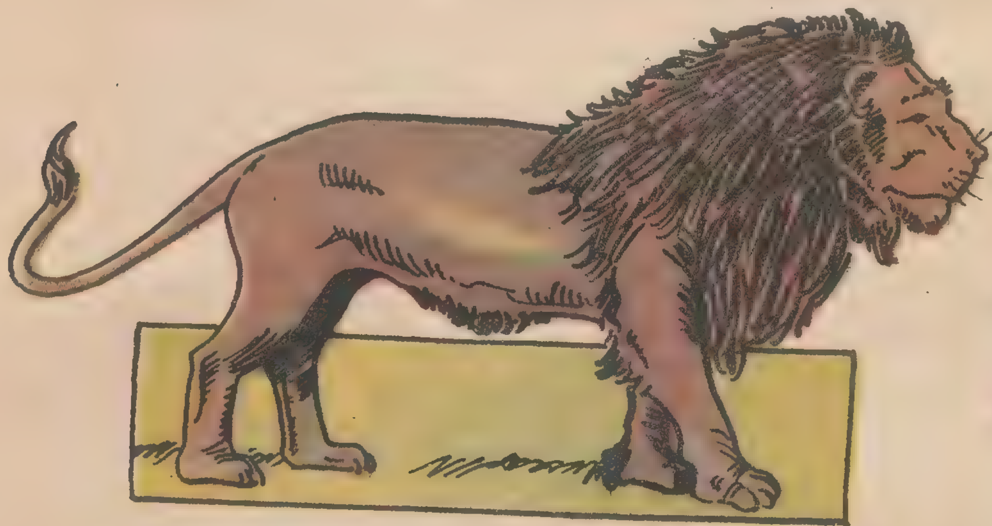
La impresión que produce todo este variado ejército, todo vestido color kaki, es la de una fuerza segura, tranquila, infinita. Eso se ve en la marcha nerviosa, en las miradas de acero, en el vigor de sus músculos. Ese orden, esa perfecta organización, hacen comprender que no es por nada que los ingleses han ido a establecerse en Boulogne sur Mer.

Vez pasada asistí a este singular espectáculo: un suboficial alemán prisionero pasaba por el bulevard Sainte-Bouve, llamado sin duda a prestar alguna declaración. Un centinela inglés lo seguía a dos pasos de distancia con la bayoneta calada; cuando de súbito una tropa de soldados ingleses, sacos al costado, arma a la espalda, completamente equipados, martillaban el paso cantando alegremente. Cubierto por su bonete resedá ribeteado de rojo, la nariz montada por lentes de oro, el prisionero alemán pareció en verdad disgustado por el encuentro con los ingleses: saludó al jefe del destacamento, como se lo mandaba el reglamento, y en seguida bajó la cabeza. Yo leí en la mirada del pobre alemán el convencimiento de lo formidable que es ese ejército color kaki, que sabía desde tiempo atrás cuánta es la perseverancia tenaz que posee y que le permitirá seguramente ir hasta el fin para ayudarnos a echar afuera a esa horda devastadora, a esos hermanos infames que los franceses llamamos boches y los ingleses llaman los hunos.

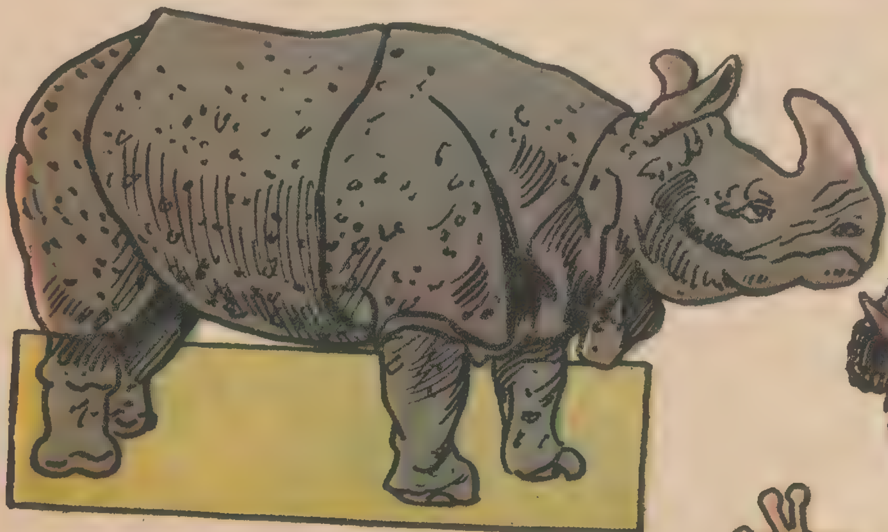
Jacques FRENEUSE.

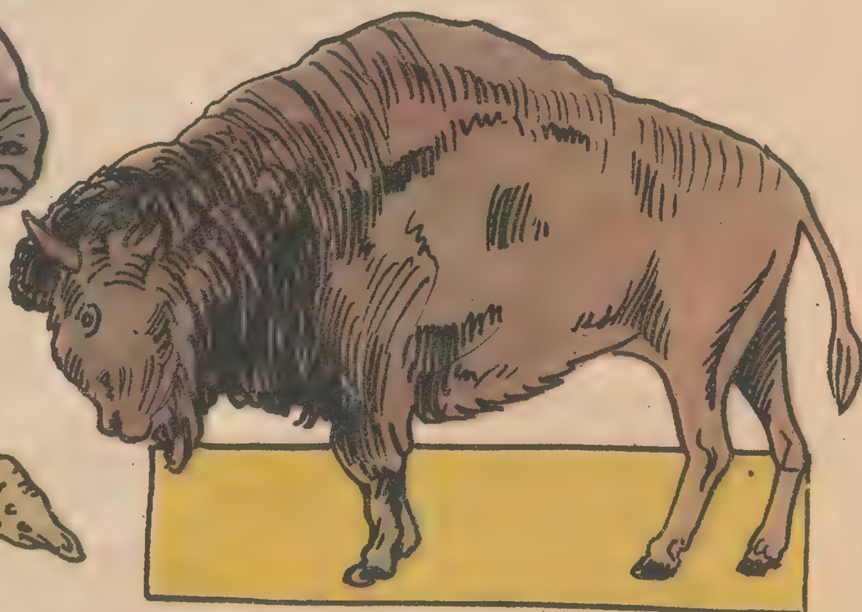
Dib. de H. Moris.

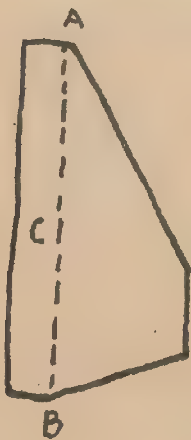
PAGINA INFANTIL. -- Los muchachos de Onelli

















Péguese la página sobre un cartón, para darle consistencia; recórtense las figuras y adhiérasele al respaldo de cada una, el sostén diseñado, que servirá para mantenerlas derechas.

El cumpleaños de don Lucio

Escena criolla

Personajes: Don Lucio, un criollo de pura cepa, con 58 inviernos al hombro; Nicanora, su concubina; "La Rubia", Jacinto. Casimiro, Braulio, el pardo "Chaparrón" y otros amigos y amigas del festejante.

Don Lucio Ledesma, un criollo de aquellos enchapados a la antigua, por no perder la tradición, acostumbra a festejar el día de su natalicio con una comilona a la criolla. Carbonada, locro, asado al asador, pasteles y tortas fritas, vino de Mendoza, etc., componen el menú. Por la noche no falta el consabido baile, al que concurren sus relaciones más íntimas. Este año la orquesta se componía de un cuarteto criollo: violín, bandoneón y dos guitarras. A las diez de la noche las parejas andaban gozando de las voluptuosas armonías de una polka seguidora. Casimiro andaba trenzado con la morocha Edelmira haciendo unas filigranas con los pies, que hacía quedar con la boca abierta a muchos de los bailarines que tenían fama de buenos. En ese momento culminante se desarrolló la escena que va a continuación:

Don Lucio (entusiasmado, al ver la pareja).—¡Linda la yunta 'e morochos!

Jacinto.—Es muy pierna, Casimiro, p'al baile.

Nicanora.—Y cómo no... si su madre fué una de las mejores bailarinas del peringundín de Lorea.

Don Lucio. — Lo qu'es Edelmira, tampoco es renga pa la danza.

Nicanora.—¡Bah!... Si la conoceré yo!... Bastante naguas y vestidos he planchao pa la madre, cuando bailaba en lo 'e Tancredi.

(La orquesta termina la polka en el mismo instante en que el pardo "Chaparrón" se para frente a frente de la puerta de la sala del baile.)

Jacinto (a don Lucio).—¡Ay mamita, quién cayó al baile! Se nos v'aguar la fiesta.

Chaparrón.—Güenas noches, damas y caballeros.

Jacinto.—Salud, che, Chaparrón.

Don Lucio.—Siga el baile, muchachos, antes que s'enfríen las tabas.

Chaparrón (al ver que nadie se mueve).—¿Qu'es eso? ¿por qué han puesto caras de asustaos? ¿O es que me han tomao por algún fantasma? ¿por qué no sigu'el baile? Si estorbo me retiro.

Don Lucio.—No, m'hijo; aquí naid' estorba. Todos mis amigos tienen derecho a divertirse.

Chaparrón. — Gracias, don Lucio. Permítame que l'estreche la mano y lo felicit'en este día, y que cumpla muchos años de vida.

Don Lucio.—Pero no de golpe, che; sino de a uno por uno.

Chaparrón.—Claro, pues... Entonces, con su permiso, voy a echar una piernita.

Don Lucio.—Y cómo no; sacá compañera nomás.

Chaparrón.—Voy a sacar esta rubia qu'está tan solitaria.

Don Lucio.—Apurate antes que te ropen la banca. Mirá que hay muchos interesaos por esa miel.

Chaparrón (a la rubia).—Dígame, prenda ¿quiere acompañarme a esta piecita?

La Rubia.—Con mucho gusto.

Chaparrón.—Préndase de mi braccete y vamos a gozar de las armonías volutosas del baile.

(La orquesta rompe el silencio con un tango resongón de Berto que hace despertar hasta los "caracuces" de algunas viejas que se habían quedado dormidas. No menos de veinte parejas salen a lucir sus habilidades. Concluída la pieza "Chaparrón" lleva a su compañera hasta su silla; él se sienta al lado de "la rubia".

Chaparrón.—Dígame, cosita, ¿sería usté capaz de sacar un'ánima del purgatorio?

La Rubia.—¿Y quién es l'ánima?

Chaparrón.—¡Oh!... Yo, pues.

La Rubia (riendo).—Pero usté no es ánima del otro mundo.

Chaparrón.—Pero p'al caso es lo mesmo.

La Rubia—¿Por qué?

Chaparrón. — Porque ando penando por su cariño.

Braulio (que ha oído el diálogo, a "Chaparrón").—Vea, compadre, qu' esa carne no es pa sus dientes.

Chaparrón.—¿Y a usté quién le da entrada en este aposento?

Braulio (amenazador).—No me la da naide, pero me la da el cuero.

Chaparrón.—Vamos a ver si lo que relumbra es oro.

Braulio. — Ust'es zonzo o ha comido...

Chaparrón (dándole un tremendo sopapo)—¡Tomá, comet'esta!

Braulio.—¡Ahijuna, me madrugaste. Salí p'ajuera!...

Chaparrón. — Andá puertiando, nomás.

Don Lucio.—¡Qué van a hacer, canejo!

Braulio.—Nada, don Lucio; le voy a poner un barbijo a este güapo pa que no se le vuel'el sombrero.

Chaparrón. — Si podés. . me prestás cinco.

Braulio (dándole un puñetazo en un ojo).—Ahí los tenés.

Chaparrón. — Ah, traicionero; me madrugaste.

Braulio.—Amor con amor se paga, ya sabés.

Chaparrón.—Esto no v'a quedar así.

Braulio.—Puede... que se te ponga negro. (Por el ojo).

Don Lucio.—Ta güeno, muchachos; están a mano.

Braulio.—Disculpe, don Lucio, que haga esto en su casa, pero este sinvergüenza fué quien s'espiantó a mi hermana y después la dejó abandonada.

Don Lucio.—Güeno, son cosas de 'a vida. Ya has cobrao y has dao el vuelto. Quedan chancelaos los dos. (A Chaparrón). Y vos, che, pardo, vení, lavate con un poco de agua fresca, que "no es nada lo del ojo". (Haciéndole una guiñada a Braulio).

Chaparrón.—Me madrugó.

Don Lucio.—Vos lo madrugaste primero, y ya sabés que "donde las toman las dan". Vamos a ver, muchachos, siga el baile que aquí no ha pasao nada. (A Chaparrón) sacá otra que no tenga compromiso.

Chaparrón.—Se me han quitao las ganas.

Don Lucio.—Andá pa la cocina, entonces y tomá unos mates que te cebe Nicanora.

(Y la orquesta, para no olvidar que son criollos, se apunta con otro tango, cuyas notas armoniosas hacen cosquillas hasta a la planta de los pies. Las parejas siguen floreándose de lo lindo y vuelve a reinar la alegría como antes, sin que nadie se acuerde de lo que acaba de pasar.

Angel G. VILLOLDO.

TENDRÁS EL VELO DE ISIS

(Del libro "Poemas modernos y exóticos", recientemente aparecido)

Hija de Tebas, hija de Atenas y Zacinto,
cúbrete con los pámpanos de las islas de Pitiusas
y con el chal de nardos y el velo de jacinto
que tejieron las reinas y bordaron las musas.

Ritmen tus orlas aires de un violoncelo fino
y constelen tu frente que la tarde sonroja,
las perlas encontradas por Simbad el Marino
y los ricos diamantes del fiero Barbarroja.

De su trípode griego descenderá Melisa
para ungirte en olivos del Atica fecunda;
envidiarán tus gracias la dulce Monna Lisa,
la sensible Rebeca, la amarga Segismunda.

Los bronces vencedores de Jerjes y Darío,
sonarán para honrarte emperatriz del Asia,
y los vinos de Naxos en las copas de Chío
para el mismo Alejandro te formarán Aspasia.

Sobre el trono de nácar brillará tu diadema
como mil soles puestos en rueda milagrosa.
Tendrás el velo de Isis, el agua de la gema,
el oro de las mieses y el ámbar de la rosa.

Y si un día tu reino me pide legionarios,
si tu corona tiembla de frente al Universo,
tendrás en mis arterias millones de templarios,
Romas en mi energía y Atenas en mi verso.

Bartolomé GALINDEZ.



—Tú impusiste la guerra; nosotros impondremos la paz.

Entretenimientos viejos y nuevos

Un pedazo cuadrado de cartón negro, de cualquier tamaño, será cortado en siete fragmentos, como indica la figura número 1. Estos siete fragmentos pueden ser dispuestos de tal manera que representen caricaturas de la figura de un hombre en diversas posiciones. Es posible formar gran número de estas caricaturas. En la figura número 2 damos tres de ellas.

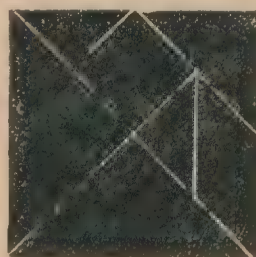


Fig. 1



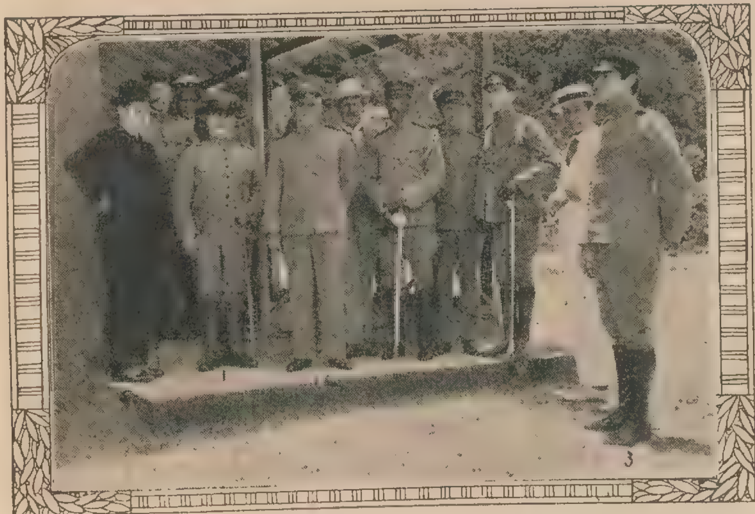
Fig. 2

EL BRASIL EN LA GUERRA

Algunas notas de su aspecto militar



Boy-scouts del estado de Amazonas.



El mariscal Cayetano Farías, ministro de guerra, y los representantes del presidente de la república, visitando los stands de tiro N.° 5 (periodistas).



Desfile por la avenida Paulista de la compañía de guerra de la facultad de derecho, con su nueva bandera.

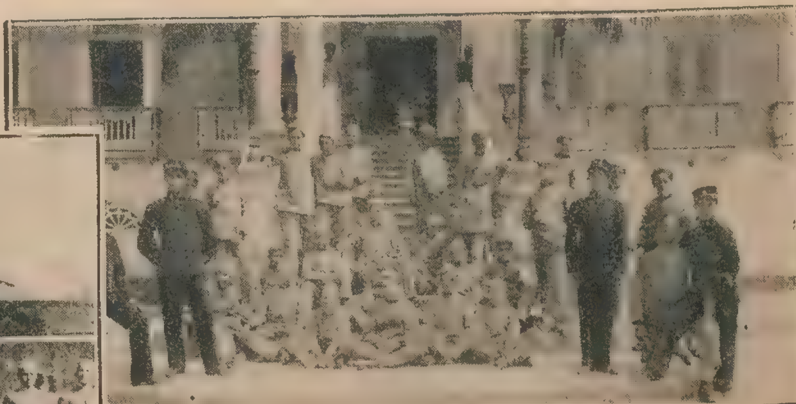
El título de esta nota podría ser paradójico si se tiene en cuenta que la constitución del Brasil prohibe en absoluto la declaración de guerra con propósito de conquista u otro móvil que no sea el defender la integridad nacional. Pero su actitud bizarra y francamente patriótica, al entrar en la guerra, la justificó ante la opinión y ante el congreso, porque fué para defender sus derechos desconocidos y para repeler una agresión gratuita.

De ese modo, fué la primera nación sudamericana que se plegó a la guerra en favor de los aliados, y esa actitud sirvió para vigorizar el alma nacional en un movimiento cívico que podría servir de ejemplo a los remisos. Ese movimiento, iniciado por los hombres de letras, periodistas y juventud del vecino país, facilitó, por así decirlo, la tarea de los poderes públicos, de organización militar.

Uno de los más prestigiosos poetas del vecino país, Olavo Bilac, muy conocido y admirado entre nosotros, fué el alma de ese gran movimiento, pues desde su puesto de secretario de la Liga de defensa nacional inició una intensa propaganda patriótica desde el libro, la tribuna y la prensa, que tuvo un simpático eco en todos los ámbitos del país y en todos los cerebros y corazones bien templados de las altas esferas de la política, las letras y la sociedad, quienes formaron al lado del poeta para secundar su acción no sólo en la propaganda, sino en la misma organización de los stands de tiro y cuerpos de boy-scouts en todos los Estados de la república.

Tuvieron también una participación directa en ese movimiento la gente de prensa y los núcleos estudiantiles, quienes fueron los primeros en constituir batallones para recibir instrucción militar y de tiro al blanco. El tiro de la prensa lo constituyen úna cantidad de cuerpos, donde figuran los más distinguidos periodistas y escritores del Brasil, quienes se han impuesto el deber de no faltar a ninguna convocatoria de las que semanalmente se hace en los cuarteles respectivos, para recibir instrucción militar.

En San Paulo, Río de Janeiro, Bahía, Pernambuco, Amazonas, Sergipe, Río Grande do Sul, Pará, etc., esas organizaciones están dando un resultado satisfactorio, y hay en todo ello un anhelo patriótico que vibra al unísono en todos los corazones. El envío de una división naval a Europa dió motivo para que esos anhelos del alma nacional se exteriorizaran elocuentemente, con la presentación de un sinnúmero de voluntarios que pedían ser enviados al frente de batalla.



Grupo de alumnos del colegio militar de Barbacena.



Alumnos del internato Pedro II, militarizados.

Nuestra carátula

El dibujo que sirvió de cubierta a los ejemplares de nuestra edición anterior, dió motivo a que la comisión directiva de la "Alianza Nacional de los Países Checos", fundada en Buenos Aires, nos dirigiera la amable carta que transcribimos a continuación, y que agradecemos en todo cuanto significa. He aquí el texto de la mencionada misiva:

Buenos Aires, agosto 16 de 1918.

Señor Director de la revista
FRAY MOCHO.

Distinguido señor director: Reunida en su sesión semanal, el día 14 del corriente, la Comisión Directiva en pleno, de esta "Alianza Nacional de los Países Checos", de Buenos Aires, centro de los checoeslovacos conscientes y políticamente organizados de toda la América del Sur, ha resuelto expresar al señor director, por medio de esta nota especial, sus más sinceros plácemes por la notable caricatura del señor Rojas, que sirve de tapa artística al número de FRAY MOCHO, correspondiente al día 13 del mes en curso.

Al propio tiempo, nos es grato manifestarle al señor director que en la misma reunión semanal se adoptó, espontáneamente y por unanimidad, la resolución de comprar cierta cantidad de ejemplares del mencionado número, para enviarlos a las siguientes direcciones:

Centro Directivo de: Córdoba, Rosario, Santa Fe, Comodoro Rivadavia, Presidente Roque Sáenz Peña, Chaco, Tafí Viejo, Tucumán; en la Argentina.

Centro Directivo de: Punta Arenas y Valparaíso, en Chile.

Centro Directivo de: Sao Paulo, Río de Janeiro y Coritibá; en Brasil.

Y siguiendo la invariable costumbre, figurará esta tapa, como la mejor demostración práctica de la popularidad de los checoeslovacos en la República Argentina, en la Memoria correspondiente al año 1918, de la que se manda un ejemplar a todos los Centros mencionados, en la primera hoja de esta nota, lo mismo que a la autoridad más alta checoeslovaca, el "Centro Nacional de los Países Checos", reconocida por los gobiernos de Francia, Italia, estados Unidos y, el 14 del actual, por la Gran Bretaña.

Con verdadera satisfacción experimentamos el placer de poner en conocimiento del señor director el temperamento adoptado, como mejor prueba de gratitud por el bello y artístico gesto de esa popular Revista que siempre ha merecido de la más sincera admiración de la colonia checoeslovaca, residente en la República Argentina; pues no es, por cierto, esta la primera vez que en sus páginas supo acoger artículos ilustrativos sobre la nación checoeslovaca, especializándose en ellos, en particular, en la brillante historia llena de patriótico heroísmo.

Rogamos al señor director quiera molestarse de poner el contenido de esta carta en conocimiento del aventajado caricaturista, señor Rojas, cuya espléndida idea, magistralmente ejecutada, ha aplaudido con entusiasmo, y sin reservas toda la colonia checoeslovaca, y que también entre nuestros compatriotas del extranjero será sumamente celebrada, por lo original de su concepción y lo perfecto de su ejecución, todo tan propio y vivido en los momentos actuales.

Saludamos al señor director con nuestra muy especial consideración y respeto: Ingeniero Franta Zelenka, Presidente; Alos' Yv. Joralo, Secretario; W. Kadlec, Secretario. — Capital Federal. Cochabamba, 531.

DESMONETIZACIÓN



Una moneda que hay que retirar de la circulación.

LAS REVELACIONES DEL PRINCIPE LICHNOWSKI



—¡Y ahora quién pone otra vez el gato en la bolsa!
(De "London Opinion").

Estratagema de Rosthchild

Estando un día comiendo en un club de París el barón Rothschild, oyó decir a un caballero que estaba hablando con otro señor.

—Estoy fastidiado. El otro día presté a X. diez mil francos, sin recibo, y se ha marchado a Constantinopla.

—Escríbale usted — dijo el barón dirigiéndose al que acababa de hablar.

—Ya le he escrito; pero no me contesta.

—Entonces, amigo mío, póngale usted una carta en esta forma:

"Sr. D. Fulano de Tal: Cuando los turcos y las turcas le dejen a usted un rato de lugar, tenga usted la bondad de enviarme los veinte mil francos que le tengo prestados."

—Pero si sólo me debe diez mil...

—Pues por eso precisamente. De seguro que en cuanto reciba la carta responderá diciendo que no debe más que la mitad de la cantidad que usted le reclama; y entonces, ¿para qué quiere usted más recibo?

El ferrocarril

—¿Qué dice amigo?
—¡Qué tal!
—¿Dónde va con tanto brío?
—¡Qué quiere, me empuja el frío,
Que este año es fenomenal!

—¿Gusta que echemos un trago
En ese almacén de enfrente?
—Le acepto gustosamente,
Pero a condición: yo pago.

—Siempre el mismo mano abierta,
¡Boraceador como criollo!
—Usted también larga el rollo
Y del cumplir no deserta.

—¿Qué se sirve?
—Yo una caña
Para matar la polilla
Y empujar la carretilla
De la vida, con más maña.

—Para que sea completa
La invención, ya poco queda,
Añadámosle otra rueda
Y ya está la bicicleta.

—¡Buena caña!
—¡Sí señor!
Y otra rueda es necesaria
Para armar la maquinaria
De un triciclo de mi flor.

—¡Bienhaya!... la suerte ingrata
Tiene rachas placenteras...
Complete las delanteras
Y ya tenemos la chata.

—Convengo, pues el beber,
Alto al pensamiento eleva,
Y el bebedor siempre lleva
Dentro del pecho el placer.

—Y a más existe el consuelo
De acercarse a Dios un paso,
Que cuando uno empina el vaso
Dirige la vista al cielo.

—¡Y sabe!... soy de opinión
Que en este tren en que estamos,
Cuatro ruedas le añadamos
Y formemos un vagón.

—¡Por qué no!... bonita idea
Para alborozar la vida...
¡No conoce la bebida
Aquel que no la desea!

Un vagón, y otro, hasta mil,
Con ruedas de precisión,
Hasta formar de un tirón
Todo un gran ferrocarril.

—¡No bebo más!
—¡Qué cinismo!
—Si ya estoy hasta el gaznate...
—No diga tal disparate,
No ve que yo estoy... ¡lo mismo!

—Enganche el brazo... es mejor
Para ir haciendo la vía...
—¡Sabe que ha cambiado el día!...
—¡Cómo no!... ¡Si hace un calor!!

Teófilo C. CHIESA.

SI EL PRECIO DE LOS FOSFOROS SIGUE AUMENTANDO...



—¡Pronto, Policarpo! Aprovecha para encender la pipa: hay un incendio en la casa vecina.

TEATROS

Como una primicia, damos a continuación las escenas II, V. y VI de la comedia dramática en un acto titulada ''Marta Ramírez'', de que es autor el señor Martín Bernal, y que muy en breve será representada en Buenos Aires.

ESCENA II

Comisario. (Entrando por puerta izquierda del foro. Ocupa su escritorio).—¿Alguna novedad, escribiente?

Escribiente Riesco.—Sí, una, comisario. Del destacamento Berutí trajo el agente Helguero, una mujer detenida: Marta Ramírez. Viene acusada por lesiones de arma de fuego.

Comisario. — Bueno, muchacho, o usted, escribiente, que está presente: cuidadito con esta mujer. Acuérdese. A pocos pasos de la comisaría, se alza un célebre rancho, como recordándonos, como indicándonos, que debemos ser justos y magnánimos en la desgracia y en el dolor de nuestros semejantes. Es un rancho simbólico de la nacionalidad (con fervor) porque en él educó un gran hombre de nuestra raza: Almafuerte!

Señor Martín Bernal.

Escribiente Riesco.—Yo le cedo mi catrera, comisario. Dormiré en yunta con el meritorio Puebla.

Comisario.—A Vd., escribiente, (riéndose) hay que ayuntarlo con el loco Reinoso. Por los versos que hace, se parece a un poeta Barbosa, que cuando le cantaba a alguna dama una serenata, El Nocturno, de Acuña, por ejemplo (se levanta paseándose) los perros le ladraban y le llovían orines hasta del cielo (larga una carcajada. Pausa). No le vaya a ocurrir algo con Marta, porque lo ayunto con el loco Reinoso, en el calabozo.

Escribiente Riesco. — Buenas noches, comisario (en broma).

Comisario (recostándose en su escritorio).—Déjese de articulitos... No le vaya a ocurrir lo del padre Bibolini (poniéndose serio) que olvidaba la Cruz por las décimas de la Pampa. El matrero de hoy es más temible que el indio de las milongas bibolínicas. Tiene un romance (accionando): el trabuco! Dios lo guarde, escribiente Riesco, del famoso trabuco del cordobés Ontiveros! ¡Dios lo guarde!

(Mutis. por puerta izq. foro. Comisario).

Escribiente Riesco.—Buenas noches (levantándose) don Catilinario por la catilinaria que me dirige como si fuura el austero Cicerón... (con despecho). ¡Don Catilinario celando a Marta o chaladito con esta criolla! Vaya, vaya, con estos superiores. Son como el Oporto del diputado Monasterio: pura ginebra con biter! (riéndose. Pausa). Se los tragaba la tierra (avanzando hacia el espectador como para dar la sensación de un cuadro intenso) cuando el sol de la Pampa dibujaba la silueta romancesca y brava de Macho Arroyo. Es cierto, un día lo tomaron. Pero Macho Arroyo, engrillado y todo, les gritaba: ¡mocosos! ¡mocosos! ¡mocosos! Fué como el último trabucazo del gaucho malo.

ESCENA V

Cabo (anunciando desde la puerta derecha del foro).—Ahí viene el oficial Miranda. (Se retira).

Escribiente Riesco (en broma). — Don Liberato Medina.

Meritorio Puebla.—Y a vos te llama Peñalva por el bandido que apresaste. Hombres guapos como los de Navarro—dice el viejo—no los hay. Parece que fuera un romance de su vida de policía repetir estos nombres: Moreira Liberato Medina y Amador Peñalva. (Pausa). Ahí anda alardeando el viejo de que vos, Riesquito, al tomar a Peñalva debió sucederte lo que le pasó a cierto periodista de la campaña. Bajo un julepe que le metieron, llegó el periodista con los calzones sucios a la comisaría del Bragado (riéndose). ¡Como pañal de chico! (Pausa). Eso anda vendiendo el oficial y con ganitas de pegarte un chirlazo.

Escribiente Riesco.—¡Viejo matón! (parándose). Es de mi cría — parece que dijera desde la Pampa—el célebre sargento Miranda. Quizás tenga razón, sargento. Don Epifanio es de su cría... (Se sienta).

ESCENA VI

Oficial Miranda (entrando por puerta derecha del foro, con el chambergo mitrista a la nuca).—¿Qué tal, muchachos?

Meritorio Puebla.—Lo espera una dama, don Epifanio. Sí, una dama: Marta Ramírez. De un balazo ha volteado un chimango... Protéjala, don Epifanio. Ahí la tiene en nuestro cuarto, si gusta...

Oficial Miranda (paseándose).—Veo que andan como gallitos encelados. No vayan a cocorear de susto (riéndose) sobre todo Pueblita, que es pollito jaca...

Meritorio Puebla. — ¡Ah, don Epifanio! Viejito vizcacha! Jubílese, don Epifanio, jubílese. Así se parecerá a esas viejas maestras solteronas, pesadillas de los pianos y de los cronistas sociales.

Oficial Miranda.—El gallito encelado es el que más arrastra el ala y el que más cocorea. Aquí le viene, Pueblita, como anillo al dedo, la adivinanza criolla que dice: ''que venís pintando, oveja garrones negros'' (riéndose. Pausa. Deteniéndose frente al meritorio). La policía no quiere sebones ni amoríos, porque tiene que andar tuita la vida detrás de los matreros.

Meritorio Zumalde.—Usted, don Epifanio, se está preocupando por la pollera que hay en la comisaría.

Oficial Miranda (colocándose en el centro de la escena).—Ustedes son los que se olvidan de copiar los sumarios por la pollera de esa mujer que acaba de caer presa. Respétenla. Está bajo nuestra custodia. Juren respetarla, ya que a nuestra policía se le confunde con los matreros de la campaña.

Escribiente Riesco (parándose). — Achákuele la culpa a los caudillos, que protegen a los matones que infestan la campaña. Achákuele la culpa, don Epifanio, a los caudillos. Los caudillos son los que golpean la policía. (Pausa). Mamerto Cejas, comisario de Corrales, y Telmo Arosa, juez de Paz eran como el trabuco gobernando pueblos de mi Pampa. Sí, don Epifanio (accionando) Telmo Arosa llegó a ser juez sin aprender a poner su firma. ¡Ah! Por algo es ciega la Justicia!

Martín BERNAL.

Una anécdota de Miguel Angel

Cuenta una antigua tradición que un día, mientras Miguel Angel pintaba su famoso fresco ''El juicio final'', fué a visitarle el Papa Pablo III, seguido de un cortejo numeroso.

Entre los acompañantes del Pontífice, hallábase Blas de Ceseno, hombre perverso y de estrecha inteligencia. Este, envidioso de la gloria del genial pintor, buscaba la oportunidad para malquistarle con el Papa.

Pablo III, comprendiendo los sentimientos de Ceseno, preguntóle:

—¿Qué os parece la obra?

—Señor,—contestó,—me parece indigna de servir como ornato en un templo.

Miguel Angel escuchó estas palabras sin dar a conocer que había oído.

Después de algún tiempo, Blas de Ceseno volvió al taller del pintor; pero observó que en ''El Juicio Final'' había una figura más: Blas de Ceseno aparecía entre un grupo de condenados, con una serpiente enroscada en el cuerpo y con dos orejas enormes de asno. Reconociéndose al punto, clamó en vano a Miguel Angel que le salvara de aquel tormento.

Miguel Angel fué inexorable.

Entondes Ceseno ocurrió al Papa, demandándole justicia; Pablo III escuchóle sonriente y le dijo:

—Si Miguel Angel os hubiera colocado en el purgatorio, podría hacer algo; pero os encontráis en el infierno y hasta allí no llega mi poder.

Y Blas de Ceseno ha pasado a la posteridad en un sublime fresco de la Capilla Sixtina.

REPROCHE



—Traidor, vendes la patria por cinco centavos.

FRAY MOCHO
SE PUBLICA LOS MARTES
Oficina: P. COLÓN, 1266
BUENOS AIRES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital		En el Exterior		En el Interior	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ oro 2.00	Trimestre	$ 3.00
Semestre	„ 5.00			Semestre	„ 6.00
Año	„ 9.00	Semestre	„ „ 4.00	Año	„ 11.00
N.° suelto	20 cts.			N.° suelto	25 cts.
N.° atrasado	40 „	Año	„ „ 8.00	N.° atrasado	50 „

Dirección y Administración: P. COLÓN. 1266.—U. T. 184, Avenida

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Asociación Nacional de Cultura Física

Proyecto del diputado nacional Rodolfo Moreno (hijo)

Encuesta de FRAY MOCHO

Del señor Antonio Farina, presidente de la Federación Ciclista Argentina:

En estas cuestiones de educación física, considero obra buena toda iniciativa que tiende a vulgarizarla; no es necesario ahondar el concepto para decir que de la fuerza, carácter y vigor de sus hijos, depende el porvenir de una nación. Los ejércitos americano e inglés nos prueban a satisfacción que sólo con hombres aptos, arrojados y valerosos se puede improvisar un ejército de la magnitud de los citados y que, desde sus comienzos, nada tienen que envidiar a los de las naciones que siguieron el sistema de la preparación de los soldados para la guerra.

El apoyo del Estado es necesario para el fomento de los deportes. En todos los países donde el Estado le presta su ayuda, éstos se hallan más difundidos y su práctica está más organizada. Aquí, como en todas partes, ha de acontecer lo mismo; de ahí que no pueda disentir con la opinión general que aplaude y celebra a los Estados que fomentan la cultura física de sus hijos.

Creo no apartarme del tema si concreto mi opinión en el ciclismo, deporte que merece mis mejores horas y que cuenta con todo mi entusiasmo. El ciclismo en este país ha venido dando tumbos. La falta de velódromo ha acarreado este estado de cosas, contra el cual nada hay que hacer sin apoyo.

La Federación Ciclista Argentina, que tengo la honra de presidir, hace todo lo que humanamente le es posible; pero, como siempre, carece de lo indispensable para el fomento del deporte: dinero por un lado, lugar donde practicarlo, por otro. Hemos intentado la construcción le un velódromo, y fra-

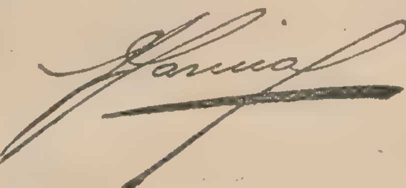


Sr. Antonio Farina.

casamos en la demanda luego de haber agotado todos nuestros recursos. La municipalidad, que, sin considerar en forma alguna el perjuicio que causaba a la juventud argentina, permitió que se demoliera el velódromo municipal de Palermo, debe reparar su error.

Creo que el ciclismo debe merecer preferente atención de parte del gobierno: primero, porque tiende a elevar la cultura física de la juventud, y luego, porque cumple funciones que vale la pena recordar. Es el vehículo obligado del obrero económico y el que permite el turismo barato, a más de que produce ingresos ya sea en el orden nacional, por las aduanas, ya en el municipal, por las patentes. La carestía de materiales y máquinas hechas en el extranjero ha originado un movimiento industrial en el país, que merece ser estudiado y apoyado. Pocos son, y en pequeña escala, los que hacen bicicletas argentinas, pero por poco que se fomentase el deporte, esa industria iría en aumento hasta poder surtir a toda la población de la república.

Como lo ha hecho la institución que presido, y otras muchas de la índole, me adhiero franca y decididamente a toda iniciativa que tienda a interesar al Estado en la propagación de los deportes y la divulgación de la cultura física.



EL ESPIONAJE EN LOS ESTADOS UNIDOS



Una receta para la destrucción rápida de la polilla.

Los pretendidos bandoleros del sur

Buenos Aires, agosto 15 de 1918.

Señor Director de "Fray Mocho".

Llegado hace unos días a esta Capital, leo en su interesante revista del 30 de julio último, la crónica comentada sobre los sucesos del Lago Buenos Aires, que suscribe el señor González Larrazabal. Se afirma en ella que la alarma ha sido producida por los corresponsales de diarios en Puerto Deseado, y aludido en ese carácter por el informante de su revista, considero necesario rectificarla, no por lo que personalmente me interese, sino porque se pretende en esa forma disminuir la significación real que los hechos tienen para los pobladores de esa zona y para la misma nación.

Ni los vecinos de Deseado ni los corresponsales de diarios han entrado al examen de las causas originarias que determinan la presencia en suelo argentino, de un grupo de 200 a 250 hombres y no 60 u 80 como se afirma, bien armados y disciplinados militarmente, para considerar el peligro que implica, y para sentirse alarmados no por lo que han hecho sino por lo que pueden hacer.

Esa gente armada, que llega de Chile excitada por la lucha con los carabineros de aquel país, y a cuyo frente, si viene un colono honorable, en carácter de generalísimo como se titula, vienen también criminales cuya captura recomienda la justicia de ambos países; que acampan como tropa de guerra, ejercen actos de vandalismo como es el asalto a un automóvil, y patrullan caminos nacionales para identificar viajeros, constituye por sí sola una situación anormal cuyo peligro no necesita exagerarse para que todos conciban lo que tiene de grave y de inminente.

Por eso se ha pedido el auxilio del gobierno nacional, para que se amparen vidas e intereses que están expuestos al arbitrio de los invasores, y que el firmante de la crónica puede suponer todo lo bueno que quiera, pero que a los pobladores del Lago y a los de Deseado, vinculados íntimamente a ellos, no les parece aceptable ni conveniente consentir.

Las vinculaciones personales que se puedan tener con las víctimas de los abusos que esta situación supone, nada le importan al señor González Larrazabal ni a nadie, frente a esos mismos abusos, y es ridículo derivar de ellas afirmaciones de que los sucesos no tienen importancia ni valor.

El calificativo de bandoleros que se ha dado a esos colonos, podrá no cuadrarles bien en relación a los motivos en que ellos amparan sus actos; pero les corresponde sin agravios para sus susceptibilidades de hombría de bien, en lo que se relaciona a sus actitudes en suelo argentino, a menos que se quiera asegurar que por ser la Patagonia argentina olvidada de nuestros gobiernos, es lícito y legítimo el derecho de considerarla tierra sin bandera ni dueño, y por lo tanto, se puede vivir y maniobrar en su tierra con la libertad y la impunidad de las antiguas cuadrillas de bandidos. Lo que les ha pasado a los colonos en Chile Chico no puede ni interesa discutirlo en nuestro país; lo que interesa es no permitir que a título de reacciones y de represiones contra injusticias allí cometidas, se establezcan sobre los campos poblados por colonos argentinos, y al amparo de las garantías de nuestras leyes, grupos armados de personas, que vienen de cometer delitos, y muchas de las cuales no han disimulado bien todavía, a pesar del dinero que la suerte les depara, sus antecedentes y sus costumbres registradas en las policías y en los juzgados de ambas repúblicas.

Saluda a Vd. atte.

Juan B. CLARA.

Barberos ministros y millonarios

Durante el reinado de Luis XI de Francia, cierto individuo llamado Oliverio Daim, puso en París una barbería tan lujosa como no se había podido soñar hasta entonces, y al poco tiempo eran parroquianos de Daim todas las personas de viso residentes en la capital de Francia. Tal fama alcanzó el establecimiento, que hasta el mismo rey se decidió a hacerse parroquiano, siempre que el barbero se aviniese a afeitarle con una navaja especial con mango de oro. Daim, siempre complaciente con todo el mundo, se creyó obligado a excederse tratándose del monarca, y mandó haher, no una navaja sola como el rey le exigiera, sino trescientas sesenta y cinco, una para cada día del año, con la cifra regia de brillantes en el mango, de oro puro.

Semejante prueba de respeto y desprendimiento por parte del peluquero agradó grandemente al rey, que era muy vano y presuntuoso, y en recompensa le nombró miembro de su consejo privado, le hizo su favorito y le asignó una pensión vitalicia de 30.000 francos anuales.

Daim no se enorgulleció al disfrutar de tantos honores. Las mañanas y las noches se las pasaba en su salón sirviendo por su propia mano a los parroquianos, y las tardes las dedicaba a despachar los asuntos de Estado que le correspondían.

Cuéntase que en la época de su apogeo tenía a sus órdenes cuatrocientos oficiales peluqueros, que usaban para trabajar trajes blancos de finísimo y rico tejido. Para mayor pulcritud se mudaban de traje tres veces al día.

Los utensilios de las siete barberías que llegó a tener Daim eran de oro y plata, y su valor pasaba de dos millones y medio de francos.

Carlos I de Inglaterra tuvo también su barbero como favorito, y aunque no llegó hasta el extremo de elevarle a la categoría de consejero privado, con sólo su protección lo hizo llegar a las más altas esferas de la opulencia; tanto, que el barbero pudo construir una casa magnífica en el corazón de Londres, con jardines y espacios amplísimos para jugar al "tennis" y a otros juegos predilectos de la buena sociedad londinense. Y, en efecto, la casa del peluquero era el punto de reunión de todos los personajes cortesanos, los cuales acudían allí todas las noches.

El afortunalo barbero aprovechó la coyuntura y convirtió su mansión en una verdadera casa de juego en grande, con tal suerte, que el oro entraba a montones en sus arcas. Muchas personas le oyeron decir que siempre tenía disponibles 700.000 pesos en dinero contante y sonante. Pero luego cuando la guerra civil y el triunfo de los puritanos, le volvió las espaldas la fortuna y llegó a morir de hambre el que tanto dinero había poseído.

Hace algunos años falleció Antonio Brady, dejando más de treinta y cinco millones de pesos oro. La base de esta fortuna fué una barbería que Brady tuvo en Nueva York.

Ambicioso y de ideas originales en todos cuantos negocios emprendía, no desmintió en éste sus condiciones. El establecimiento lo puso con gran lujo introduciendo una porción de novedades en el oficio, como, por ejemplo, el masaje del cráneo y del rostro, y otras muchas más que le dieron fama y le convirtieron en el barbero de moda de Nueva York. Cuando tuvo bien sentada su reputación subió los precios de los servicios, cobrando un peso por cortar el pelo y cincuenta centavos por afeitar. Con tales precios y con su numerosa clientela, ganaba cuanto dinero quería.

Empleando un sistema enteramente opuesto al del anterior, empezó a hacerse millonario Sir Richard Arkwright. En vez de cobrar más que nadie cobraba menos, y en vez de barbería lujosa despachaba a sus parroquianos en un modesto sótano de Preston.

Hasta que él se estableció, el precio corriente de cada servicio en aquella región era de veinte centavos. Arkwright lo bajó a diez y empezó a ganar muchísimo dinero. Los demás barberos del lugar, viendo que la ruina se les venía encima, bajaron también los precios, pero nuestro hombre abarató aún más su trabajo, contentándose con cinco centavos por servicio, y aunque sus ingresos disminuyeron bastante, conservó el monopolio de la clientela.

En la Abadía de Westminster, donde están enterrados muchos personajes ilustres de Inglaterra se guardan también las cenizas de un barbero, de Mr. Craggs, que se empezó a ganar la vida cuando tenía diez años enjabonando el rostro de los parroquianos que acudían a la barbería de su padre.

Transcurridos algunos años, éste se retiró del negocio, y como hubiese reunido una gran fortuna en diversas especulaciones, pudo costear los estudios de su hijo, el cual ingresó en el cuerpo diplomático, y más tarde el ex barberillo desempeñó cargos tan elevados como el de canciller del reino y el de ministro de Estado.

¡OH, EL COMERCIO!



—Me la garantizó contra los defectos de construcción y ahora resulta que escribe hasta con faltas de ortografía...

La bella Inés

La víspera del ataque a Fricourt, Bernardo Palissot, de pie, apoyado sobre una pila de sacos de arena, aceitaba su fusil. A pocos pasos, su compañero Raúl Noir fumaba tranquilamente su pipa. Otro soldados, repartidos en grupos, aprovechaban aquellos momentos de reposo para leer los diarios de París o para jugar a las cartas. ¡Cuántos de ellos no existirían al día siguiente o estarían heridos en alguna ambulancia! Y, sin embargo, todos parecían contentos y ajenos a la muerte que rondaba sin cesar y que los acechaba desde las trincheras enemigas. La costumbre los había familiarizado con el peligro. A veces hasta preferían las emociones de la ofensiva a la inmovilidad en las cuevas, con un frío bajo cero.

Bernardo Palissot no se cansaba de repulir su arma. Raúl seguía con sorna aquella faena paciente de su amigo.

—Piensas sin duda matar a muchos alemanes — le dijo al fin.

—Parece que mañana habrá tarea, y es preciso estar preparados — respondió Palissot, seriamente.

Era un joven alto, delgado, grave y de excelente fondo. Debajo de su exterior frío palpitaba su corazón romántico y sincero. Sus compañeros le llamaban por burla "Palissot el enamorado", porque sin cesar les hablaba de una joven de Nantes, cuyo recuerdo no le abandonaba un momento. Si nos atenemos a la pintura que de ella hacía Palissot, era muy hermosa y arrogante, alta, morena, de ojos pardos, dulces a veces y a veces traidores; cabello negro liso: tipo más bien italiano que bretón. Era de esas mujeres que atraen la mirada de los transeuntes y que los hombres no dejan pasar nunca sin mirarlas con ojos codiciosos y sin dirigirles un requiebro picante. Lo triste del caso de Palissot era que Inés, que así se llamaba la hermosa, no le quería, y que a sus ardientes manifestaciones había respondido siempre con una negativa burlona, a la cual iba mezclada no poco de coquetería, como si quisiera mantener, a pesar de todo, uncido a sus encantos a aquel joven que la adoraba tan sinceramente. Raúl decía que Inés era una mujer orgullosa y ligera, que se complacía en arrastrar una cola de adoradores, para divertirse con ellos; Bernardo Palissot era el más digno de lástima por haber puesto su corazón y su vida a los pies de aquella ingrata.

En las trincheras, durante los ratos de descanso, Palissot tenía que soportar la burla de sus compañeros.

—¡Eh, Palissot! ¿Qué has sabido de la bella Inés?

—¿Al fin ha resuelto escribirte?

—Cuando ganes la medalla militar, entonces te corresponderá...

En vez de reir o de enfadarse, Palissot se tornaba triste y pensativo. Varias veces le había escrito a Inés cartas apasionadas, y hasta entonces no había recibido respuesta. Raúl, en lugar de poner en solfa aquel amor desdeñado y profundo, le daba consejos a su amigo.

—Mira, Palissot, no te empeñes en querer a quien no te quiere, ni te estima... Hay muchas mujeres, y es una tontería echarnos a morir porque una de tantas nos desprecia...

—Tú lo dices porque no has estado nunca enamorado — respondía Palissot moviendo la cabeza. — Para mí no existe sino Inés y nadie más que Inés.

—Bueno, pero si ella no te corresponde, si se burla de tí, de seguro quiere a otro.

—Eso lo sé... y a pesar de todo, no puedo olvidarla... Déjame que la quiera, y que su recuerdo me sirva de estímulo. Si me mataran, para ella sería mi último pensamiento...

Al oirle, Raúl pensaba:

—Decididamente está enamorado... Su mal no tiene cura... Si aquella ingrata supiera el bien que podía hacer escribiéndole una carta afectuosa... ¡Pobre Palissot!...


La Victoria Alada.

Transcurrieron algunos días hasta aquel que fué víspera del ataque a Fricourt. Bernardo Palissot acababa de limpiar su fusil, cuando llegó el cartero a repartir la correspondencia. Los soldados se precipitaban sobre aquel puñado de cartas de sus madres, de sus esposas, de sus novias, de sus amantes, que les llevaban acopio de cariñosos recuerdos.

Sólo Bernardo permaneció quieto y silencioso, porque la carta que esperaba hacía tanto tiempo no llegaba nunca...

Al cartero le quedaba todavía un sobre azul y pequeño, que nadie reclamaba. En voz alta leyó la dirección: ¡Palissot Bernardo!

Bernardo, sorprendido, recogió la carta, la abrió, con una mano trémula, y al ver la firma clara, y precisa, aquella firma querida, la emoción le permitió leer... ¡Era de ella, de Inés!...

Los otros soldados, embebidos en la lectura de su corrrspondencia, no observaron la turbación de Palissot. Este pudo al fin devorar su carta, no una ni diez, sino hasta veinte veces, besándola con pasión, como un loco.

—Pero ¿qué te ocurre? — preguntóle Raúl Noir, notando el desvarío de su amigo.

—Es de ella... carta de ella... — murmuraba el pobre muchacho, llorando de alegría.

Varios soldados se le acercaron movidos por la curiosidad.

—¿Qué te ocurre, Palissot? — preguntaban.

Palissot entregó la carta a Raúl para que la leyera en alta voz. Quería que aquellos amigos, que tanto se burlaban de sus amores, vieran que su constancia había vencido al fin.

La carta era muy lacónica. Apenas decía:

"Mi querido Bernardo: He tenido el gusto de recibir sus apreciables cartas, las que contesto con el aprecio que usted merece. Perdóneme lo que le he hecho sufrir, únicamente con el objeto de poner a prueba su amor. Hoy cuando me he convencido de la sinceridad y nobleza de sus sentimientos, acepto con cariño su mano y le deseo gloria y salud en esa terrible campaña. — Suya. — Inés".

Los oyentes, en coro, felicitaron a Palissot por su buena fortuna. El, aturdido y embriagado por aquella carta, apenas se daba cuenta de lo que ocurría a su alrededor. Durante la noche durmió poco, pensando en Inés. La idea de la muerte no le asustaba... ¿Qué le importaba ya nada, con tal de que ella lo amase?

. . . .

Al amanecer, los jefes ordenaron el ataque a Fricourt. Bernardo llevaba la preciosa carta en el pecho como un talismán.

—Ya sabes — le dijo a Raúl. — Si me matan, escribe a ella, y dile que he muerto con su nombre en la boca y su imagen en el alma...

—¿Por qué has de morir? — le repite Raúl.

Pero, sin embargo, le prometió que cumpliría su deseo.

Y entraron en el combate. Fué horrible aquel ataque a Fricourt, uno de los primeros de la ofensiva del Somme, cuando el ejército alemán empezó su retroceso definitivo.

Bernardo Palissot cayó mortalmente herido. Raúl estaba a su lado. El moribundo tuvo aún fuerzas para encarecerle su recomendación.

—No olvides escribirle, Raúl — le dijo. — Dile que mi último pensamiento ha sido para ella, y que muero feliz, sabiendo que me quiere.

Acudió Raúl a levantar al herido, y de nuevo le ofreció que cumpliría fielmente su postrer encargo.

Aquella carta, que no era de Inés, sino que él mismo Raúl Noir había escrito y hecho dirigir de Nantes a Bernardo por conducto de un amigo, alegró el último día del pobre enamorado. Murió contento porque se había realizado el anhelo de su vida humilde: que Inés lo quisiera. La mentira piadosa fué un sedativo para su alma romántica. Ya muerto, sus labios dibujaron un sonrisa plácida. Aquellos labios fríos parecían querer aún abrirse para pronunciar el dulce nombre de la amada.

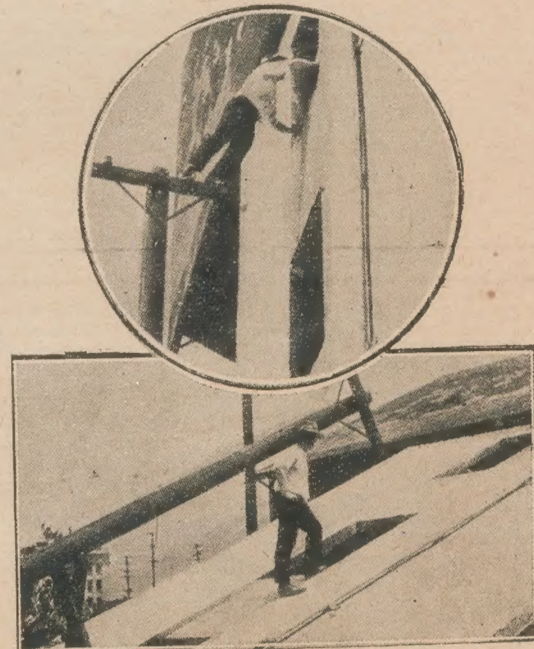
Así la muerte, la implacable segadora, ni en los campos de batalla es capaz de ahuyentar el dios niño y ciego que juega, travieso e inconsciente, con el destino de los hombres.

Gastón RENUARD.


—¡Cómo se ha puesto el maestro! Me ha dado para hacer quinientas líneas. Antes daba doscientas...
—¡Qué le vamos a hacer! todo aumenta.

L s trucs d l cinematógrafo

Una escena emocionante en el cinematógrafo es aquella en que el actor de pie en lo alto de un elevadísimo poste telefónico, se prepara a saltar por la ventana al último piso de un rascacielos. La proeza es, en realidad menos peligrosa de lo que parece, pues no es más que el resultado de un truc fotográfico. En efecto, se toma primero la fotografía de un rascacielos de verdad, pero cuando llega el momento de "filmar" la breve parte del piso más alto, se hace una reproducción de ella en un plano casi horizontal y en la superficie del suelo, como se ve en el segundo grabado. Es en ésta donde opera el actor. Después, esta fotografía horizontal es colocada verticalmente, con lo que viene a dar la ilusión de la altura y del peligro.





¡Nada más que huesos!

Colaboración espontánea

La p.incesita triste

Se abrió en la noche un paréntesis. Cesó el genio de los violines... hubo un florecimiento de estrellas tan puras, tan rutilantes, tan intensas, que iluminaron el parque, como un conjunto de miradas animadas del más profundo amor.

Las vestales de la felicidad debían ofrendar en aquella hora, porque del infinito llegaba el eco de un cántico lleno de fuego y de poesía. La fuente había también callado, temerosa de que su murmurío produjera discordancia en los acordes de las liras de oro que hacían su melódica trayectoria del cielo hacia la tierra. Ni un cántico en la fronda; ni un zumbido en el ambiente, ni un murmurío en el lago y sólo a ratos y como augurio al desenlace de esta extraña expectativa, la góndola bogando muelle, muy muelle, se deslizaba como un suspiro largo..: largo y hondo!...

Rieron las estrellas por sus bocas de rubíes, ascendió hacia el infinito el canto de un cisne que agonizaba y Nildita, la ''Princesita triste'', como él la llamó, hizo su entrada triunfal.

Alto marmóreo el cuello, dando a su cuerpo el movimiento de suave balanceo, envuelta en blancos vaporosos tules, se hubiera dicho iba a reemplazar con su blancura a ese hijo del lago que se durmió para siempre bajo la caricia de los gérmenes en flor.

Su expresión era indefinible: se presentaba entonces en ese estado en que el ser es un abismo por lo inescrutable de los sentimientos. Sus miradas vagaron: al fin descubrieron un punto... un banco cercano le ofreció reposo bajo la filigrana de unos helechos. La princesita cierra los ojos, hace abstracción del mundo y de las cosas, sondea e interroga su corazón, que lo creía muerto.

En el poema de sus sentimientos ha descubierto una página en blanco, y al pensar para ella una suprema felicidad, imagina un madrigal de besos por unos labios que ha perdido y que no recuperará jamás.

Y al concebir este paraíso ilusorio, cierra el álbum de oro, quiere aprisionarlos pero una luz trágica le envuelve y siente las dulces horas de su vida, rodar llorando a un abismo en pos del álbum sagrado!

Cual sensitiva besada por el crepúsculo marchítase el encanto de sus frescas mejillas, apágase el fuego de sus ojos, y sus manos nacaradas, inmóviles, parecen palomas detenidas en la noche para seguir su vuelo con la aurora.

Un nombre ha pronunciado: si queréis conocerlo penetrad los misterios de esa noche saturada de dolor, como la vida que se abismó en sus sombras. Y haced el sacrificio de un poco de amor y admiración; de un poco de ternura y sentimiento, porque ese corazón muerto que dejó el vacío en un pecho, deja un puente de suspiros por debajo del cual ondula un mar de lágrimas.

Elvira FANNY ESPOSITO.

INSTANTE

Romántico un violín, a la sordina,
líricamente su dolor lloraba.
Tu boca fué un secreto, pero hablaba
harto elocuente tu ansiedad divina.

La angustia vino a tí tras de la flua
idealización que te cantaba,
y hasta la excelsitud sublimizaba
la quimera inmortal que te ilumina.

Voló a la inmensidad de los espacios,
que estaba constelada de topacios
tu anhelo sobrehumano de amor puro

Y fueron a morir a tus ojeras
dos lágrimas que fueron dos postreras
estrellas de ilusión en su antro obscuro.

H. SICAS BASSI.

DESALIENTO

Héme ya aquí otra vez. Aún la derrota
se ha cebado en mi espíritu abatido:
aún otra vez mi corazón ha herido
su veneno infiltrando gota a gota.

Triste y sombría sobre el alma flota
una memoria amarga. Entristecido
inclino la cabeza... Ni un gemido
arranca al pecho la esperanza rota.

Del destino implacable a la crudeza
se doblega mi frente con tristeza.
¡Más no puedo llorar!... ¡tanto he llorado!

Y retornando con el alma henchida
de un inmenso desprecio hacia la vida,
héme ya aquí otra vez, desalentado...

C. A. LOPEZ BLOMBERG.

A CLORI

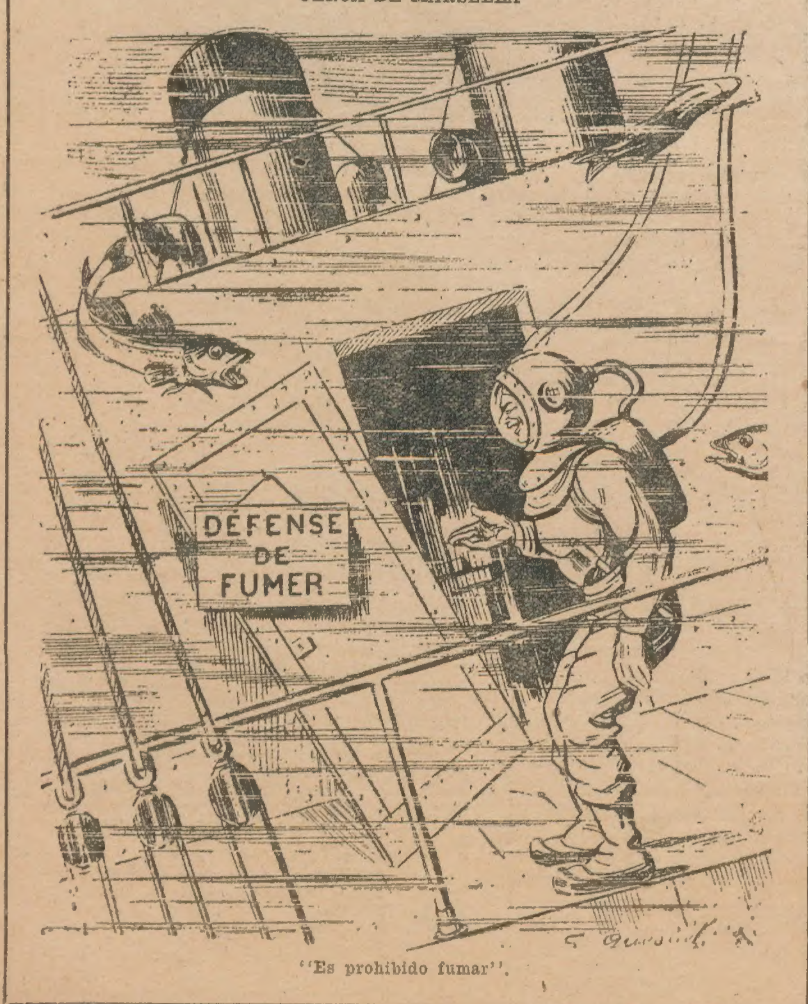
Clori divina, asaz inspiradora,
que acaricias mi mente con tus alas,
verme quisiera con tus nobles galas
para ser tinte de tu faz creadora.

Envuelto en los colores de la aurora,
con la elocuente majestad de Palas,
así te veo en los sueños que regalas
al bohemio errabundo que te adora.

En alas de mi olímpico entusiasmo,
envuelto en pliegues de falaz marasmo
y piafando en mi testa los corceles
del Amor, la Belleza y la Armonía:
en mi sueño de gloria te pedía
que vinieses ¡oh Clori!, a mis vergeles.

José Juan BIANCHI.

CERCA DE MARSELLA



''Es prohibido fumar''.

MI TEMPLO

Mi templo es de flores, es una glorieta
que se halla escondida detrás de los sauces,
oficia una fuente, la luna es el cirio,
incensario el bosque que perfume esparce.
Y cantan los grillos, se mueven las hojas,
el alma se siente más pura, más buena,
y allí es donde adoro a mi virgencita,
pasando las horas, tranquilas, serenas.
A sus pies le canto,
las manos unidas,
la adoro adorando
con ella, a la Vida,
sintiendo el arrullo de un nido cercano.
Y el bosque me dice: tu Dios, ser humano.

Samuel E. de MADRID.

OLEO FUTURISTA

De un cuadro de music-hall.

Corren por el prado tres niñas inquietas.
Término barbudo que cantó Darío,
las mira encantado junto a las violetas
que viste las formas precoces de Estío.

Frases picarescas dedica a la seda
de las niñas locas un gnomo riente.
(se destaca al fondo, el Cisne de Leda,
mirando en la fronda a la Bella Durmiente).

El faisán se yergue bello, grave, altivo,
templa sus acordes el patas de chivo,
da el músico grillo, solos de violín,

y por cielo laca, cinco mariposas,
ebrias con el néctar de las rosas rosas,
sus vuelos detienen en blanco chapin.

Carlos ABREGU VIRREIRA.

MELANCÓLICA

I

Triste como las flores que se mueren;
triste como las hojas que se caen;
solo como un peñón en el océano,
solito como un párvulo sin madre:
cruzo la tierra,
cruzo los mares,
la vida llena
de soledades...

II

¿A dónde me conduce este camino?
¿Hacia qué playas bogará mi nave?
¿en qué países, en qué grutas mágicas,
y abismos, me ha de sorprender la tarde?

Voy por la vida,
viajero errante,
pero hacia dónde
nadie lo sabe!...

Manuel VAZQUEZ.

A ELVIRA

¿Quieres un verso, corazón?... Mi lira
enferma de nostalgia, eternamente,
vibra arpegios agudos tristemente
en alas de un amor que a mí me inspira.

Cuando el ensueño lóbrego suspira
en lo profundo, tu poeta siente
un fuego pasionario más que ardiente
que tus ojos retrata, dulce Elvira.

Yo quisiera glosar en versos suaves
con melódico acento cual las aves
en un verso gentil, todo un secreto...

Pero no puedo hacerlo, bella Elvira,
hay alguien que nos oye y que nos mira
y... hay mucho para hablar en un soneto.

José M.ª ORDOÑEZ.

INVOCACION

Desplegaron sus galas las misteriosas
flores de mis jardines ante tu paso,
y volaron enjambres de mariposas
que giraban en torno de grandes rosas
con un suave murmullo de alas de raso.

Y eran los pensamientos, las grandes rosas
que en mi jardín abrían, sus regias galas,
y sobre ellas los versos, cual mariposas
revolaban ligeros, en armoniosas
cadencias agitando sus tenues alas.

José María GRANILLO POSSE.

EL CÓNDOR

Altivo escruta el horizonte mudo
con la roja pupila torva y fría,
mientras la garra en un despojo, impía
tirana muestra su poder sañudo.

El tiempo aciago dominar no pudo
su solitaria majestad sombría,
ni la tormenta lóbrega y bravía
amenguar su poder soberbio y rudo.

Su ala imperiosa surca del vacío
la inmensurable ruta indefinida,
con el curvado pico puesto a duelo;

y haciendo ostentación de su atavío,
con la ambiciosa garra contenida,
escala el monte divinal del cielo.

Saguntο TORRES.



Notas femeninas





Hablemos un poco de los actuales sombreros y de los que se llevarán para el verano.

En general, los modelos son lindos, no importa sean para vestir, ir de compras o para caminar por las mañanas. Para los "trotteurs" se llevan las formas de "picot" blanco, estilo "chapelier", adornado solamente de un moño azul obscuro. Este modelo es chic y muy sentador guardando su sello de distinción, sin jamás caer en las imitaciones de baratillo.

Se habla también de la vuelta del sombrero "chache", pero predominan sobre ellos los sombreros que despejan el rostro. Los bretones, de seda tendida, los "Jean-Bart" en grueso "paillasson" de tono azul marino, también se hacen muchísimo.

En grueso "paillasson", son también estos lindos "canotiers" de colores fuertes, tal como el rojo, azul porcelana y rosa que proyectan linda sombra sobre el rostro. Los bordes o alas son grandes y la copa alta.

Muchos sombreros son algo exagerados como grandor, pero creo que en vista de los fuertes calores y para protegernos debemos encontrar su defensa apropiada. Por mi parte encuentro más razonable ir tocada en pleno mes de enero y diciembre con un gran sombrero de paja que me preserve del sol, que no una de estas lindas tocas de terciopelo negro tan en boga y que no sirve nada más que para sofocarme y darme un fuerte dolor de cabeza.

El organdí tendrá un lugar preferente, no solo sobre nuestros trajes, sino en anchas formas de capelinas, recogidas todas alrededor y casi nada apretadas alrededor de la copa, por medio de una cinta de terciopelo o de paño de seda en color.

El encaje, blanco o negro y de tul, proporciona lindas alas transparentes y el fondo o copa se hacen de paja brillante, o de seda.

En fin, queridas lectoras mías; amo en general los actuales sombreros como si fuera tan solo una fantasía del azar, no procediendo, ni obedeciendo a ninguna tradición y sentado tan bien como a los antiguos bandoleros, los fieltros que alzaban adelante o atrás. Solamente los nuestros requieren una linda cabecita con abundancia de cabellos ensortijados a cada costado de un rostro sonriente.

Pasemos ahora a la moda de los grandes velos, que van a tener un rol importante en el reinado de los sombreros. Vuelven más joven para embellecernos, después de un reposo de diez años, más o menos. Se llevarán más a menudo enroscados alrededor del cuello que sueltos o flotantes, siendo este uno de los rasgos característicos de la estación. Es muy sentador y permite dar a cada una su sello personal.

Para la noche, cenas, etc., con un traje escotado, es de una elegancia encantadora este velo de tul claro u obscuro, bajando desde los bordes del sombrero, para ir enroscándose todo alrededor del cuello, velando el bajo del rostro y dándole unos tonos de misteriosas impresiones.

Sobre cantidades de tocas de pequeñas dimensiones, volveremos a ver los amplios velos, pero en forma de jaulas, bastante alejados del rostro.

Lindísimo también es el velo de encaje de "chenille", pegado a la toca y al rostro: de preferencia en el tono de la toca, cuando es en flores de tonalidades fuertes.

El modelo que veis abajo, mis queridas lectoras, es una combinación de seda y de paja con el ala levantada, despejando la cara.

El modelo del traje adornado con damero, es precioso y de un conjunto original. Es de lana azul con el damero azul y blanco. En el delantero forma un chaleco escotado en redondo. La falda tiene unos "coquilles" forrados con damero sobre las caderas para ir angostándose abajo. Una hilera de botones fantasía, adorna los costados de la falda y mangas.

Nuestro modelo, el que encabeza esta página, es en "voile" y "charmeuse". El cuerpo es cruzado y va cerrado sobre los hombros por medio de una rosa torneada a mano. La túnica y el cinturón drapeado, son en "charmeuse". El cuerpo y la falda es en "voile", con un bies angosto abajo, así como en el escote ovalado y bajo de la manga. Otro rosa de seda adorna el centro del bajo de la falda.

La otra "toilette" es en "foulard" de color gris. Tiene la falda fruncida y el cuerpo recubierto con un gran cuello que cae adelante y apretado por un ancho cinturón drapeado anudado atrás. El peto es de encaje: el cuello y bajo de la falda lucen una vainilla hecha a máquina. El adorno de este traje consiste en un gran lirio de terciopelo morado.

A. de DAUMONT.



Limpieza de los dientes.—Los cepillos, tanto si sirven para la cabeza, como para los vestidos, no deben lavarse jamás con agua. Sólo en caso de estar muy engrasados, se sumergirán en agua que tenga el uno por ciento de su volumen de amoníaco; se sacan al cabo de tres o cuatro horas, se enjuagan con agua abundante y se secan con cuidado a la sombra.

Se frotan vigorosamente sobre un trozo de papel fuerte o de una tela grosera. Cuando el pelo de un cepillo se ha vuelto demasiado flexible, se deja sumergido en amoníaco durante algún tiempo y luego se deja secar. Así adquiere de nuevo su primitiva elasticidad.

En caso de enfermedad infecciosa, es necesario esterilizar los cepillos de toda clase, empleados por los enfermos, por el grave peligro de su contaminación.

Para la ropa de cama.—El mejor perfume que puede usarse para la ropa de cama, es el agua de "Lavanda", pero en caso de que éste no agrade, puede prepararse la fórmula siguiente:

Heliotropo . . .	125	gramos
Raíz de violeta.	125	,,
Hojas de rosa.	60	,,
Vainilla en rama	10	,,
Almizcle. . . .	6	,,

Al pulverizarlo, añádanse algunas gotas de aceite de almendras y póngase en bolsitas. Para los trajes, se recomienda, por lo exquisita, al siguiente composición:

Hojas de rosa desecadas a la sombra y pulverizadas, 120 gramos; madera de sándalo molida, 50 gramos; aceite de rosas, 4 gramos.

Mézclense estos ingredientes, durante veinte minutos y póngase en bolsitas.

Para limpiar los marcos dorados.—Utilícese la siguiente receta: Clara de huevo, 90 gramos; agua de Javel (solución de clorato de potasa), 36 gramos. Mézclese y bátase, y límpiense los marcos empleando un cepillo suave mojado en esta composición.

El dorado recobra inmediatamente su brillo y la operación puede repetirse varias veces, con buen resultado en el mismo dorado.

Cuando se haya limpiado el marco, conviene siempre darle una mano de barniz, del que usan los doradores en madera.

Planchado de los cortinados de encaje.—Los cortinados de encaje no deben plancharse nunca. Después de lavados, se extienden encima de una sábana, sobre la alfombra del piso de una habitación, y se prenden de modo que queden estirados, dejándolos así hasta que se sequen, y al secarse quedarán como nuevos.

Talleres heliográficos de Ricardo Radaelli, Paseo Colón, 1266—Buenos Aires



BETTY BLYTHE, cuya magnífica belleza estatuaria presta encanto único a los films en que aparece.